

AHIJUNA

HISTORIA LETRAS
POLITICA
ECONOMIA

"TIEMPLE Y CANTAREMOS JUNTOS..."

HERNANDEZ

hudson

escritor inglés

castellani

y un poema de 1954

brasillach

el testamento

4

testimonios ☆ los naciona-
les ☆ pensamiento nacional
☆ leído y comentado ☆ co-
rreo histórico

MARZO 1968

PRECIO \$ 100.-

AHIJUNA

Representantes:

Pcia. de Buenos Aires: Efebe Distribuciones,
French 151, Avellaneda.

Pcia. de Entre Ríos: Carlos. Ma. Quinodóz,
Corrientes 412 (n), Paraná.

Pcia. de Río Negro: Arnaldo Arnaíz, Av. Bel-
grano 98, San Carlos de Bariloche.

En venta en las siguientes librerías:

Capital Federal:

Huemul, Santa Fe 2237.
Splendid, Santa Fe 1923.
Casa Pardo, Callao 527.
Casavalle, Viamonte 452.
Clásica y Moderna, Callao 892.
Fernández Blanco, Tucumán 714.
Fausto, Corrientes 1311.
Platero, Talcahuano 468.

Mendoza:

Simoncini y Gómez, Buenos Aires 98.

Salta:

B. Salas e Hijos, Alberdi y Caseros.
El Colegio, Caseros 654.

Tucumán

Norte Libros, 24 de setiembre 616.

Córdoba:

Hogar del Libro, Deán Funes 256.
San Pablo, 27 de abril 290.
Librería Córdoba, Deán Funes 75.
Librería Leal, Galería San Martín, local 13 B.

San Luis:

Pedro Anello, Belgrano 801.

Santa Fe:

Libretex, San Martín 2151.

Rosario:

Casa Rodino, Córdoba 2121.

Posadas:

Librería Pellegrini, Colón 280, local 13.

Río Cuarto:

Librería de la Patria, Vélez Sársfield 282.

Impreso en: Imprenta López.

Prohibida la reproducción total o parcial sin
previo permiso de los editores.

Registro de la propiedad intelectual, N° 956.993.

Suscripciones:

Anual (12 números) \$ 1.200.—

Semestral (6 números) „ 600.—

El ejemplar \$ 100.

Correo Argentino	Sucursal N°2	Tarifa Reducida
		Concesión N° 8848
		Franqueo Pagado
		Concesión N° 2948

AHIJUNA

Año 1 — Número 4
marzo de 1968

Director: FERMÍN CHÁVEZ

Editor: Ediciones Nuestro Tiempo, S. en C. por A. (er.)

Dirección y administración: Rivadavia 1255, 4º piso,
of. 406, Buenos Aires

Sospechosas coincidencias

LOS órganos periodísticos de los días 24 y 25 del corriente dieron a conocer un llamativo mensaje de la Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones, conjunto de organizaciones secretas que continúan siendo la vanguardia del liberalismo en el país. En un documento que no tiene desperdicio, dicha asociación, que rara vez va a la palestra, se sale esta vuelta de quicio y, abandonando su teórico neutralismo, incursiona en lo político concreto.

“La Masonería Argentina, institución iniciática, filosófica, filantrópica y progresista, consecuente con sus postulados de libertad, igualdad y fraternidad...”, como inicia su mensaje, traspone “excepcionalmente el límite de sus Logias”, movida por un “patriótico imperativo”. ¿Y cuál es ese “patriótico imperativo” que la masonería no puede callar en las presentes circunstancias nacionales?

El primer punto del mensaje lo dice con claridad: “La pronta restitución de la soberanía al pueblo argentino, su único y legítimo depositario, con plena vigencia de la Constitución Nacional y de las leyes dictadas en su consecuencia...”. Más claro: la masonería argentina está preocupada por esas elecciones que nadie anuncia. Y por las “modificaciones de estructuras que hacen a la misma de la tradición nacional”; que, para sus logias, es la tradición masónica.

Sospechosamente, la masonería abandona su mutismo para hacer público un mensaje en esencia coincidente con la predicación que viene desarrollando en su feudo de Washington el embajador Alsogaray. Y con la palabra del lenguaje mayor de la OEA, Sol M. Linowitz, para quien el presidente Johnson “no está del lado de las dictaduras militares en América latina, sino que propugna el triunfo de la democracia representativa y el de los gobiernos libremente elegidos por el pueblo”. También, desde luego, en un país llamado la Argentina.

Las coincidencias no son fortuitas. La masonería, Alsogaray y Linowitz saben perfectamente cuándo deben pronunciarse y contra qué. Les preocupan los “núcleos ideológicos que tienden a gravitar en las altas esferas de decisión”; no sea que en la Argentina se abra paso, en cualquier momento, una revolución nacional. Por eso presionan. Por eso llegarán, si es preciso, al chantaje internacional.

Divagaciones en torno a Hudson

Por ABEL SÁNCHEZ UNCAL

RELEÍA al urticante Jauretche en *Los Profetas del odio y la yapa*, cuando me retuvo el siguiente párrafo de la pág. 244:

“Así un alemán que escribe en inglés y es ciudadano argentino es traducido al español para nuestro público; queda en inglés para el exterior, con lo que el pensamiento económico de la clase dirigente argentina y el conocimiento del país que se tiene en el exterior depende del patriotismo de un alemán ciudadanizado argentino que escribe en inglés porque todavía no ha aprendido el idioma.”

¿Es esto un galimatías? Sencilla y minuciosamente el autor procede a desmontar el engranaje con que entre nosotros funciona la “intelligentzia” para mejor servir las variadas formas de penetración colonialista.

Entonces, por remotísima asociación de ideas, ocurrióseme pensar en el caso Hudson, a quien hemos tenido acceso por una recomendación de Tagore y merced a los buenos oficios de una legión de traductores: Fernando Pozzo, Eduardo Hillman, Justo P. Sáenz (h.), Federico López Cruz, Ricardo Attwell de Veyga, Alfredo Santillán, Máximo Siminovich, Ernesto Montenegro, Carlos A. Massini, etc. Lo exacto es que la obra hudsoniana queda en inglés para el exterior y configura el paradigma de un argentino ciudadanizado británico que escribe en inglés porque prácticamente ha olvidado el idioma.

Simultáneamente recordé el empeño pueril de muchos a quienes no satisface estar en presencia de un notable escritor —honra de la literatura inglesa como afirmó el acriollado Cunninghame Graham— y, a todo evento, quieren incorporarlo al Santoral de las letras nacionales, todo porque dentro de la minoridad de su ingente producción, en cinco libros solamente desarrolló temas que nos son atañedores y gratos.

A mi modesto modo de ver, el de Hudson típica, sin duda ninguna, el caso del argentino renuente a serlo.

En su vida y en su obra pueden estimarse matices y connotaciones que abonan el aserto, flue-

tuante entre reiteradas singularidades y dudosos extremos.

Evoca el lugar del nacimiento, por ejemplo, pero no cita a Quilmes concretamente: —“la casa en que nací en las pampas sudamericanas” — “mi hogar en las ilimitadas y hermosas pampas” — “aquel arbolado país de encanto” — “mi lejano hogar, en las grandes llanuras verdes”. (*Allá lejos y hace tiempo*). Luego de tantas reticencias, cuando alude a nosotros los habitantes, no nos llama, como debiera, mis compatriotas, sino que nos designa “los nativos” con cierto aire distante y extraño.

Su obra primigenia, conocida por “La Tierra Purpúrea” y dada a la imprenta en 1885, ha merecido la entusiasta celebración de críticos de distinta laya. Borges ha sostenido que “es fundamentalmente criolla” y, como es usual en él tratándose de complacer su malquerencia a Hernández, ha deslizado un denuesto en el mismo comentario añadiendo: “El *Martín Fierro* (pese al proyecto de canonización de Lugones), está falseado por inconvincentes bravatas y por una quejumbre casi italiana; y *Don Segundo Sombra* por el afán de magnificar las tareas más inocentes”. (Opinión que huele a disparate por partida doble, no concibo ningún tano expidiéndose en el tono menor de la quejumbre; todos son temperamentales, estentóreos, frenéticos casi, interjectores procaces, puteadores insignes, para decirlo brutalmente de una vez. Y en lo que se refiere a llamar “inocentes” las tareas del resero, “el más macho de los oficios” según palabra del propio Güiraldes, revela qué profundos conocimientos del campo y el caballo tiene el enjuiciador. En el asunto, Borges denota ser un verdadero “nación”, como antes se decía...).

Pero volvamos al libro comentado. Resulta congruente precisar que su título exacto es: *La Tierra Purpúrea que Inglaterra perdió*, y en su contexto, el protagonista Richard Lamb —(el mismo Hudson)— se duele de la repetida derrota inglesa en ocasión de las sucesivas invasiones:

“¡Porque jamás se ha emprendido una cruzada

más santa, ni un plan de conquista más noble que el que tenía por objeto el arrancar esta tierra de manos indignas y hacerla para siempre parte de poderoso Reino Británico!" Y casi a renglón seguido: "...me arde como fuego la cara cuando pienso en aquella oportunidad para siempre perdida. Les ofrecemos sus leyes, su religión y la propiedad bajo la protección del gobierno británico, proclamaron altivamente los invasores —los generales Beresford, Achmutty, Whithelocke y sus compañeros—; y luego, después de sufrir un solo revés, ellos se desanimaron y canjearon el país que habían empapado en sangre y conquistado, por dos mil soldados británicos, prisioneros en Buenos Aires; entonces, embarcándose otra vez, se hicieron a la vela y se alejaron del Plata para siempre! Esta operación que debió hacer castañetear de indignación las osamentas de nuestros antepasados —los antiguos piratas escandinavos— fue olvidada más tarde cuando tomamos las ricas Islas Malvinas. ¡Qué conquista tan espléndida y qué gloriosa compensación por nuestra pérdida!" (*La Tierra Purpúrea*, Santiago Rueda Editor, 1951, págs. 23 y 24 vta.).

¡Flor de escritor argentino! No puede dudarse de la verdad de sus sentimientos, y ello explica en cierta manera las razones de su desertión del país: añoranzas perpetuas de la conquista frustrada. Hudson portaba el atavismo de sus mayores, los abuelos de Devon tironeaban su sangre, de la patria nuestra sólo le interesó la naturaleza.

Como presunto espécimen criollo ¿no resulta singular que pensara con mentalidad de súbdito de Su Graciosa Majestad?

Vivió 33 años entre nosotros y, en tiempos en que era imposible permanecer indiferente participó en luchas, no se sabe de ningún rendido esfuerzo en pro de la comunidad. Dejo constancia que en su casa había un retrato de Rosas, "el gran hombre"; y por ahí menciona a Urquiza con el aditamento de "feroz degollador", pero en definitiva no se le ha computado género alguno de militancia.

Por su fervor panteísta hubo quien, con todo énfasis, llamólo "El Gran Primitivo". Peyorativamente ¿no podría trocarse la expresión por la de *El Gran Fiacún*? Veamos por qué.

Su biógrafo Fernando Pozzo narra: "Guillermo Enrique Hudson pasa en 'Los Veinticinco Ombúes' hasta los 18 años de edad, ocupado en la ociosidad de sus profundas meditaciones, tirado de espaldas sobre la orilla del arroyo. Esto hace decir a uno de sus vecinos: ¡qué vagabundo es ese hijo de Hudson, incapaz de hacer algo provechoso!"

Su amigo Massingham evoca al "muchacho indomable que vagaba por las pampas"; y el mismo Hudson no trepida en autocalificarse, relatando una escapada a la costa del río, entre las toscas, para ver de cerca a negras y mulatas aplicadas a la tarea de lavar ropa: "era necesario andar con prudencia entre esas mujeres, pues miran sospechosamente a los muchachos vagabundos". (*Allá lejos y hace tiempo*.)

Otras veces cambiaba de postura, y ya no de

espaldas sino boca abajo, solía quedarse horas enteras entretenido desviando el curso de las afañosas hormigas; o espiando un bañadero de gallaretas hasta terminar arrojándoles una pedrada, gozándose con el alboroto provocado. (*Días de ocio en la Patagonia*.)

Su haraganería proverbial quiere ser cohonestada mediante una justificación: "Cuando los ataques de ocio me hacían su víctima" (pág. 130). Pero hay todavía, más noticias sobre su característica ineuria.

El 1º de abril de 1874 se embarca en el vapor "Ebro", rumbo a Inglaterra. Desembarca en Southampton y ¿qué es lo primero que hace?

"Mientras otros pasajeros siguen a Londres, él prefiere salir a vagar por los alrededores" (Fernando Pozzo). Es fama que pasó frente a la franja donde se alojaba el nostálgico don Juan Manuel, que recibía a todos los que quisieran verle; se la señalaron, pero debe haber considerado enorme el esfuerzo de intentar entrevistarlo.

Siempre fue juzgado como "un gaucho vagabundo que entre los gauchos vivió" y, respecto a su viaje, se dijo: "Así quedó radicada en Londres la vagancia de este soñador sin trabajo y sin peniques" (Jorge Casares).

Todos contestes, ante el unánime testimonio, no parece aventurado sostener que don Guillermo Enrique Hudson ha sido el verdadero precursor de la fiaca en el país...

En cuanto a la medida de su criollismo, magüer la perfección de "El Ombú", "El niño Diablo" o "El cuento de un overo", siempre podrían apuntarse reservas.

¿Dónde se ha visto un criollo eternamente afeerrado a su binóculo? ¿Y un criollo embalsamador de pájaros? Existe la sospecha de que llevaba el gringo adentro. Porque consumó cosas de tal.

Como tirarle porque sí al solemne buho y al ruboroso flamenco. Y si está bien que

"El que vive de la caza

a cualquier bicho se atreve",

en la Patagonia —(residió allí varios años)— se considera cosa de gringo el comer avutarda, según confiesa haberlo hecho.

Lo cierto es que pretextando la llegada de los italianos "destructores de pájaros", resolvió marcharse. Y, más que una fuga del Paraíso, su viaje fue un simple retorno a la Madre Patria.

Tuvo el castigo de verse forzado a parafrasear al Chacho: "¡En Inglaterra y a pie!" Y luego la humillación de cabalgar la bicicleta ciudadana, en vez del pingo de antaño, firme de miembros y de aliento.

Pero no es exacto que sus gustos y preferencias estuvieran relacionadas con el origen. Nada de "chambergó de ala caída y ponchito al hombro" (Martínez Estrada). Nada tampoco de tomar mate.

Alicia Jurado, infatigable perseguidora de sus huellas, localizó la pequeña tetera de porcelana azul y blanca donde el mismo Hudson preparaba a diario sus copiosas infusiones. Pero que en esto no haya error posible; como corresponde a

todo inglés que se estime, la pasión de Hudson era por el té, no por los colores patrios, evidentemente casuales.

Y ya que menté a Martínez Estrada cuya *hudsonfilia* (el neologismo no me pertenece, lo usurpo a Mario Lancellotti) —cuya *hudsonfilia* manifiesta, es tan inexplicable como muchas de sus actitudes, recordaré que en *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro* califica de “ignorante” a Hernández (pág. 51, t. I) previa apología de “otro grande escritor nuestro, criado en el campo, lejos de todo centro de cultura, cuya vida de pastor y vagabundo está orientada hacia el saber preciso, científico, conforme a las mayores exigencias del observador y del escritor: William Henry Hudson” (sic), pág. 49.

Como “a veces se duerme el buen Homero” ocurre que en no pocas, al “preciso”, al “científico” Hudson suele írsele la mano. Sostiene formulaciones peregrinas en las cuales jamás habría caído el “ignorante” Hernández. El propio Martínez Estrada emplea sorna si “recuerda con inocente intrepidez que la langosta verde produce el sonido de mayor expresión entre todos los del mundo animal” (*El naturalista en el Plata*). Por mi parte subrayé lo siguiente: “A mi modo de ver la ejecución musical más elevada en el orden de los mamíferos es el rebuzno del burro” (*Una cierva en el Parque de Richmond*). (El burro asume categoría wagneriana!...)

Sus traductores han debido apelar a eufemismos para enmendarle la plana delicadamente. “... es fácil comprar allí —en la pulpería— un par de espuelas de hierro fundido de tres kilogramos de peso con rodajas de ocho pulgadas de diámetro...” (*El naturalista en el Plata*). “Evidente exageración del autor, anota Justo P. Sáenz (h.) pues las rodajas de las espuelas gauchas rara vez exceden los doce centímetros de diámetro, esto es, cuatro pulgadas”.

Y paso por alto lo del cementerio hacia el sur, adonde acuden los guanacos al sentirse morir, tierna milanesa de su fantasía.

Pero debo detenerme en *Una cierva en el Parque de Richmond*, “libro misterioso” según el inefable Martínez Estrada.

Allí alcanzamos el extremo insuperable: Blas Escobar, suerte de superhombre, capaz de matar un buey... de un grito!

“Un día Blas estaba arando y uno de los bueyes no trabajaba en forma; el animal se volvía, pateaba y se enredaba en los surcos, hasta que perdiendo la paciencia. Blas lanzó con toda su fuerza un colérico grito que hizo desplomar muerto, ante el asombro y consternación del charcarero” (Pág. 176).

¿No parece esto un “cuento del viejo Varela” digno del célebre “Pascualón”, mentiroso de fama que asoló con sus patrañas toda la Banda Oriental?

Pero si es Hudson, quien relata nadie puede ser osado de contradecirle, porque para eso es “preciso”, para eso es “científico” según se le

ha consagrado oficialmente, señalándosele de paso como la contrapartida del semianalfabeto de Hernández, a quien, por otra parte, nunca se le han documentado infundios del presente tenor.

Los monstruos sagrados de nuestra cultura han debido retorcer su intelecto, para enseñarnos que Hudson, como buen naturalista, postulaba “el sentido de la cosa en sí” y que, por lo demás, integra el nutrido acervo de lo nacional glorioso.

Mi desacuerdo es absoluto. Creo en un extraordinario escritor, inglés integérrimo hasta cuando por excepción adoptó un seudónimo. Oliverio Gironde hubiera podido decir que llevaba a Inglaterra en “La Más Médula”...

Puesto que inicié mi divagación con una cita del sólido Jauretche, quisiera cerrarla destinándole el presente

Envío: “Camarada Arturo: Sé que redactas tu “Manual de Zonceras Rioplatenses”. ¿Podrías incluir, acaso como una de las más suculentas, esta zoncera-manía de pretender hacer de Hudson un escritor argentino?”

Juan Bautista Bustos pelea contra los Ingleses

“HABÍA venido en clase de Capitán de Milicias en el continente con que la Provincia de su nacimiento contribuyó a resistir y rechazar la invasión extranjera en su última tentativa de dominio. Una fuerte columna al mando del Coronel Elío había abandonado el punto que defendía para salir en busca del enemigo, pero rápidamente atacada por la fuerza del Teniente Coronel Burne la obligó a retroceder tomándole dos cañones, y sus pérdidas hubieran sido mayores a no ser el nutrido fuego de un piquete apostado en una azotea inmediata, y dirigido por el oficial Bustos. Pero le estaba aún reservado un episodio más interesante. Acosados los invasores por los fuegos de la fortaleza del Norte, empezaban a desocupar las casas de la Alameda, en una de las cuales estaban guarecidos más de doscientos soldados del 88 de infantería. Bustos, con su gente, diez y ocho hombres, les hostilizaba con encarnizamiento a extremo de obligarles a dispersarse en la mayor confusión. Ordena en esas circunstancias el derrumbe de los techos y muros, operación que sorprendió a los enemigos, poniéndoles en la dura necesidad de rendirse; así lo hicieron doscientos soldados, trece oficiales y su jefe. Esa conducta bizarra y hábil le valió las simpatías de sus superiores y la confirmación de su empleo de capitán de línea. Desde entonces Bustos permaneció en la ciudad de Buenos Aires”. (Del *Diccionario Biográfico Nacional* de Molina Arrotea, García y Casabal.)

Poesía en estilo gaucho anterior a Hernández

Por FERMÍN CHÁVEZ

APESAR de lo mucho que se ha escrito sobre la poesía gauchesca —que nosotros preferimos llamar en estilo gaucho—, falta el estudio documentado que muestre toda la riqueza del género, desde el tiempo de su aparición hasta los días de su culminación, en el poema escrito por José Hernández. Carecemos hasta el presente de la obra que nos enseñe el origen gauchipolítico de dicha poesía y la continuidad del género a través de nuestros enfrentamientos político-sociales, en cuyo hervor se enriquece y cobra hondura. De haberse escrito tal estudio, muchos de los equívocos y de los dichos superficiales que empañan su comprensión no tendrían, hoy por hoy, razón de ser.

Debemos a Sarmiento la más ajustada expresión para designar a este tipo de poesía creada por el montevidiano, y artiguista, don Bartolomé Hidalgo: el sanjuanino lo llama sencillamente “género gauchipolítico”, designación mucho más comprensiva y profunda que género “gauchesco”.

Si nos atenemos a su proceso de generación, vemos que confluyen sobre el nacimiento varios elementos, todos los cuales ya están en Hidalgo: lo criollo americano, recogido por la poesía payadorea; lo criollo específico, o sea el aporte espiritual del gaucho rioplatense; y la militancia político-social que se desborda en las guitarras de los campamentos artiguistas: la lucha contra el godo, en la primera etapa.

Los primeros cielitos, que se remontan al sitio de Montevideo por los patriotas orientales, ofrecen de entrada esos tres elementos consustanciales, como lo indica esta copla, escrita para cantar con guitarra:

Vigodet en su corral
Se encerró con sus gallegos
Y temiendo que lo pialen
Se anda haciendo el chanco rengo.

Son versos de 1812, atribuidos, no sin fundamento, al soldado artiguista Bartolomé Hidalgo. A este autor, que funda gloriosamente el género,

se le atribuyen conocidos *Cielitos* militantes, escritos entre aquella fecha y el año 1820.

De 1818 data el famoso *Cielito Patriótico que compuso un Gaucho para cantar en la acción de Maipú*, que Martiniano Leguizamón descuenta como escrito por Hidalgo. En él hallamos giros gauchos y modos de expresión que alimentarán el género en los momentos posteriores. Así en los versos que dicen:

Cielito, cielo que sí
Por ser el godo tan terco,
Se ha quedado el infeliz
Como avestruz contra el cerco.

Existe un segundo *Cielito de Mayo*, citado en su momento por Juan María Gutiérrez y que Eduardo Jorge Bosco encontró entre los papeles que pertenecieron a aquel escritor. Se trata de una pieza de la misma época, pero que, por su lenguaje mucho más culto y el escaso sabor popular, no puede ser atribuido a Hidalgo. El montevidiano, gaucho cien por ciento, no hubiera escrito esto, seguramente:

Cielito, cielo con luna
Que al acercarse ha nublado
La chusma de zarracenos
Con su vapor infestado.

Al año 1818 se remonta también el sainete *El detall de la acción de Maipú*, memorable pieza gauchipolítica en cuyos parlamentos encontramos notables coincidencias expresivas con algunas coplas de Hidalgo. Otros versos de *El detall*, los más desenfadados, recuerdan a algunos del *Cielito del bañado*, que el nombrado Eduardo Jorge Bosco halló entre los documentos de Gutiérrez. Para muestra de este último basta un botón:

Cielito, pero en Maypú
Perdieron y se barruata
Que toitos los gallegos
Cagaron pa la dijunta.

Una común forma de expresión, con giros coincidentes, caracteriza este momento decisivo de

nuestra poesía en estilo gaucho. El posible origen chileno de este *Cielito del bañado* no impide que encontremos en sus cuartetos dichos que pronto se generalizarían en el Río de la Plata:

Le ide cantar algun día
Mi sudadero y carona.
.....
Jugate con San Martín
Veris si te chanta el freno.
.....
Mandá mas guapos de Burgos
Les sumiremos la boya.

De fines de 1819 data, al parecer, el *Cielito a la venida de la expedición española al Río de la Plata*, una de las composiciones magistrales de Bartolomé Hidalgo, en cuyas aguas habrán de beber los continuadores del género, en la década de 1820. Estamos en pleno estilo gauchipolítico:

Cielito, cielo que sí
Echen la barba en remojo;
Porque según olfateo
No han de pitar del muy flojo.

Un año después, aparece en escena el mendocino Juan Gualberto Godoy, con su diálogo, de azarosa existencia, sobre la aventura revolucionaria del comandante Francisco Solano del Corro. En efecto, durante muchos años se creyó definitivamente perdido el texto de la *Confesión histórica en diálogo que hace el Quijote de Cuyo, Francisco Corro, a un anciano que tenía ya noticias de sus aventuras, sentados a la orilla del fuego la noche que corrió hasta el pajonal, lo que escribió a un amigo suyo*, pero la suerte ha querido que un estudioso del tema, Félix Weinberg, diese con él en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, conservado en la colección que fue de don Pedro de Angelis.

Las nuevas transcripciones hechas por Weinberg del aparecido diálogo de Godoy, no hacen sino confirmar lo que ya suponíamos: que es el menos gaucho de los poemas conocidos, de ese tiempo, pertenecientes al género gauchipolítico. Es exacta la observación de Weinberg cuando dice: "El lenguaje utilizado aquí por Godoy es popular pero no gauchesco". En realidad, es lo característico en la producción general del mendocino, si exceptuamos algunas piezas de 1830, a las que ya nos referiremos.

El *Corro* puede ser, eso sí, anterior a los diálogos de Hidalgo en estilo gaucho, el primero de los cuales apareció a comienzos de 1821. El ciclo del montevidiano se cerró en la segunda mitad de 1822, con la *Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano de todo lo que vio en las fiestas Mayas de Buenos Aires en 1822*, obra que sirvió de pauta para una de las líneas que el género había de tomar.

En la segunda mitad de 1826, el ya citado Juan Gualberto Godoy redactó en Mendoza el periódico *El Iris Argentino*, en cuyas columnas combatió a Facundo Quiroga y a los "anarquistas". En uno de sus números publicó unas redondillas burlescas

contra quienes no querían Constitución "por ahora", como puede verse en la estrofa que transcribimos:

Entre en su concha cada uno
Sin darse por agraviado,
Por que queda decretado
Libre el choreo por ahora.

No obstante el logro gracioso del juego de palabras, lo gaucho auténtico no aparece en estas composiciones del cantor rivadaviano.

En cambio, sí lo encontramos en un *Cielito Federal a los Señores Unitarios que cantaron en la Gaceta Mercantil*, aparecido el 18 de agosto de 1827. La segunda estrofa de este cielito es como sigue:

Cielito, cielo que sí,
Aunque en el estrivo esté
Ninguno cante victoria
Que puede quedarse a pié.

En marzo de 1828, el diario porteño *El Liberal* da a conocer una *Carta de un gaucho a un proyectista del Banco de Buenos Aires*, cuyo verdadero autor fue el oriental Manuel de Araúcho y no Juan Cruz Varela, como cree la meritoria y documentada Avelina M. Ibáñez. Algunos versos nos acercarán mejor a la poesía de Araúcho:

No se ande chanceando amigo
Con sus proyectos de Banco:
La pucha digo en el queso!
Miren que Padre tan diablo!
Se entra su paternidad
Como quien ingiere un lazo
A disputar de papel
Con otros tantos marmanchos
Que llenos de plata blanca
No están contentos, tratando
De otro Banco, ¡qué canejo!
No nos vengau embromando.

La composición hace una referencia al Padre Grela, que había presentado un proyecto de ley sobre tutela del Banco por la Legislatura, que fue rechazado.

Con fecha 1º de abril, *La Gaceta Mercantil* formula una crítica en verso a Varela, creyéndolo autor de la anterior composición. Nos interesa aquí destacar una alusión a Bartolomé Hidalgo que aparece en el texto:

No vuelvas a escribir ni borradores
En el burlesco estilo campesino,
Pues no son de tu pluma esos primores.
Eran sólo de Hidalgo; y el destino!
Que a la patria privó de sus talentos,
No le dió sucesor en tal camino.

También de ese año 1828 data el *Cielito de la Marca de Ancona*, que Eduardo Jorge Bosco halló manuscrito en los ya aludidos papeles de Gutiérrez. Algunas de sus estrofas parecen salidas de la ingeniosa pluma del padre Castañeda. Veamos si no las que dicen:

Cielito de Ribadabia
cielo de constelación

o vuelvan los religiosos;
o tendrán Kiriee leyson.
.....
Cielito de quanto somos
cielo de solo nosotros
bayanse los cajetillas
por ay a comer porotos.
.....
Cielo de los hunitarios
y cielo de los pimpollos
si los gauchos nos hunimos
diran pio como pollos.
.....
Cielito del amalaya
cielo del tin ti tilin
si ellos no se hacen cristianos
se les tocará el biolin.

Unitarios y federales empiezan, a partir de 1828, un contrapunto político que estimulará notablemente el desarrollo del género que estamos estudiando. Con esas luchas, se abre una fecunda etapa en que lo gauchipolítico adquiere un alto tono combativo, sin excluir lo humorístico y festivo en función de lo político.

Desde el campo unitario, abre fuego el diario *El Pampero*, en febrero de 1829, con una carta en verso que dice:

Mi querido Aneafilú,
Amigo de toda el alma,
Celebraré que estés bueno
Al recibo de esta carta,
En compañía de López,
De Andresito, de Macana,
De Chula y de Piquinino,
Y de la demás canalla,
Como la llaman aquí
Los de la secta unitaria.

Es también el momento de los apodos: *Ancafilú*, es Juan Manuel de Rosas; *Nicolás Plata-blanca*, don Nicolás Anchorena; *Tomás Macuquino*, don Tomás Anchorena. *Et sic de coeteris*.

El diario federal *El Clasificador* se encarga de contestar a las andanadas unitarias. Una de las piezas más interesantes de esa literatura gauchipolítica es el *Cielito de unos mozos divertidos del Pago de la Matanza*, que está dirigido contra Rivadavia y otros de su partido. Apareció el 31 de julio de 1830.

A un poeta federal, Luis Pérez, le toca por esos días poner la letra de su partido, en coplas en estilo gaucho que merecen ser recogidas tanto por su valor literario como por su importancia documental. Pérez, federal apostólico, inicia su ciclo con su periódico en verso *El Torito de los Muchachos*, cuyo primer número aparece el 19 de agosto de 1830. De su segundo número, correspondiente al 22 de agosto, tomamos algunas estrofas gauchipolíticas:

No saben aquel refrán
Que dice: *que al hecho pecho*,
Pues aunque se vuelvan burros
Ahora han de comer afrecho.
.....
Lo mismo jué cuando vino
Esa Fragata el Uron
Que había pulpero que andaba
Como perro cimarrón.

.....
Ahí va mocitos de fraque
Mi torito colorao;
Al que le llegue a topar
Que se llame condena.

En otros números de *El Torito de los Muchachos* encontramos diversas producciones de Luis Pérez, verdaderamente representativas del género. Así las que siguen:

Cielito, cielo que no
Cielito de los lapachos
Al que no lo agarre el Toro
Lo ande agarrar los muchachos
.....
Pero cuando ande escapar
Si son del todo moraos
Y bufan tan solamente
Como potros de asustaos.
.....
No han de pitar mal tabaco
Si se arremanga el gauchaje
Y entonces hemos de ver
Adonde está ese coraje.
.....
Ellos dicen sabalaje
A los que no usan relós
Deje no más que se ofrezca
Verá si piden por Dios.
.....
Yo he visto algunos de estos
Con gran patilla
Disparar por el ruido
De carretilla.

Para responder al cantor federal, aparece en Montevideo, el 2 de setiembre de 1830, el periódico *El Arriero Argentino*. Sale con una profesión de fe que dice: "Soy cordobés, gaucho, arriero y patriota, por que lo fue mi padre, que Dios porque he visto de cerca los federales, sé como se manejan, les declaro la guerra. ¡Fórmense montoneros!... ¡Vamos a pelear!".

Pero no pudo pelear mucho, porque su redactor, Hilario Ascasubi, llegó a editar solamente un número. En su edición del 9 de setiembre, *La Gaceta Mercantil* informaba del hecho diciendo: "La publicación del *Arriero* ha sido suspendida después del primer número, así como la de un nuevo periódico que se proponía dar a luz con el título de *El Argentino de Montevideo*. Ignoramos la verdadera causa de esa novedad. Un *Porteño* en Montevideo, había tomado a su cargo rebatir al *Arriero Cordobés*".

El papel que no pudo cumplir el periódico de Ascasubi lo llenó *El Coracero*, de Juan Gualberto Godoy, que apareció en Mendoza en la segunda quincena de octubre de 1830 y que alcanzó a 11 números. Los títulos de sus composiciones nos revelan su contenido gauchipolítico y de contrapunto: "Al Gaucho", "Primer quejido de don Nicolás Plata-Blanca", "Al Toro", "Conversación de D. Badanas con su compañero Pachanatas" y "Simples de que se puede hacer un federal".

En las coplas "Al Toro", contra el periódico de Luis Pérez, leemos:

Dis que ese Toro es bravazo;
Pero que me importa á mi,

Si aun que sea como aji
 Yo le hede meter el lazo.

 Mirale la marca
 Vele la señal,
 Y apuesto á que es manco
 Pues es federal.

En un *Cielito* dedicado a los federales culmina el mejor momento gauchesco de Juan Godoy. Así cuando dice:

De Buenos Aires escriben
 que en la casa de Quiroga
 se siente un olor a sogá
 que acusta a los que allí viven.

 Cielo, cielito divino,
 cielito del cascabel,
 qué habrá que al nombrar cordel
 se desmaya Macuquino?

 Allá va cielo y más cielo,
 cielito del italiano
 alarife de un tirano,
 puedes apurar el vuelo.

La campaña en verso de *El Torito de los Muchachos*, que dejó de salir el 24 de octubre de 1830, fue reforzada por *El Clasificador*, en cuyas columnas aparecieron: *Décimas compuestas por un gaucho del partido de la Ensenada* (11-IX-1830), *Cielito contra los que se llaman decentes* (25-IX-1830), *Cielito restaurador* (20-XI-1830), y *Cielito al general Quiroga* (17-V-1831). Y otras muchas composiciones por el estilo.

Con la publicación, en Montevideo, del *Diálogo gaucho en verso entre los dos paisanos Jacinto Amores y Simón Peñalva*, empieza Hilario Ascsubi, en setiembre de 1833, su largo quehacer gauchipolítico, que se extendería hasta más allá de 1850. Puntos de referencia fundamentales de su obra son: *El Gaucho en Campaña*, periódico montevidiano que alcanzó cuatro entregas (1839); *El gaucho Jacinto Cielo*, gaceta de Montevideo que llegó a doce números (1843); la primera edición de *Paulino Lucero* (1846); una nueva edición, aumentada, de esta obra, en Entre Ríos (1851); y los números de *Aniceto el Gallo*, "gaceta joco-tristona y gauchi-patriótica", de 1853.

Hacia 1857, entra en escena *Anastasio el Pollo*, es decir Estanislao del Campo, que se inicia con versos gauchipolíticos de tendencia liberal. Tales los que aparecen en el diario *La Tribuna*, en marzo del 57, donde se perfila el discípulo de Aniceto el Gallo:

La otra noche en una estancia
 Nos trujo un mozo un papel
 Que olía a D. Juan Manuel
 A tres leguas de distancia,
 En el que con arrogancia,
 La chupandina boliada
 Ha largao una versada
 Tan sin gracia de una vez
 Que cuasi vergüenza mes
 Largarle esta contestada.

Desde el campo federal, ahora cubierto por *La Reforma Pacífica*, del Dr. Nicolás A. Calvo, surgió

COLABORE CON AHIJUNA

Suscríbase hoy mismo, enviando el siguiente talón de suscripción:

EDICIONES NUESTRO TIEMPO

Rivadavia 1255, 4º 406

Buenos Aires

Solicito a Uds. me suscriban por un año (12 números) \$ 1.200.—, por un semestre (6 números) \$ 600.— (*tachar lo que no corresponda*) a la revista AHIJUNA, para lo cual acompaño la suma de m\$ⁿ.

.....
 en cheque o giro a la orden de EDICIONES NUESTRO TIEMPO.

Nombre y Apellido

Domicilio

Ciudad Pcia.

¡Novedad!

HISTORIA DEL PAÍS DE LOS ARGENTINOS

de Fermín Chávez

Una obra que presente los episodios fundamentales de la vida nacional en síntesis, ha sido durante largo tiempo una necesidad; en ese sentido esta obra está destinada a prestar ponderable utilidad.

Este libro permitirá a los no iniciados ubicarse en las grandes líneas del pasado nacional. Está escrito ágilmente con una adecuada metodología en sus capítulos y logra un conocimiento veloz del tema.

El ejemplar \$ 900.—

En venta en todas las buenas librerías.

EDICIONES THEORIA S.R.L.

Rivadavia 1255 4º of. 407 38-0131 Bs. Aires

L A M I N A S

del Brigadier General

DON JUAN MANUEL DE ROSAS

Cuidadosamente impresas a seis colores en offset, formato 33 x 25.

Precio \$ 100.—

Pídala enviando su valor en cheque, giro o estampillas postales (certificadas, enviar \$ 40.— más).

EDICIONES NUESTRO TIEMPO

Rivadavia 1255, 4º 406

Buenos Aires

un cantor criollo, que contestó sobre el pucho *Al Pollo de la Tribuna*. Vale la pena transcribir algunas de sus cuartetos:

De hambre vienes al botón
Después que te han ensillao
Guasquándote lao a lao
Con una improvisación!

.....
Si tu sos de la pandilla
Yo soy de la chupandina,
Y juro por tu madrina
Que les haremos cosquilla.

.....
Ya es tiempo amigo pollito
Que larguen la lechiguana,
Sino á facón y macana
Les limpiaremos el pito.

.....
Desde el alto D. Pastor
Al tribunero lagaña
Les conocemos la maña
Como a bagual roncador.

Al día siguiente, *Anastasio el Pollo* volvió a la carga desde las columnas de *La Tribuna*, con otra "versada", en la que leemos:

Entre la *Riforma* de hoy
Aparece titubeando
Un chupandino *escarciando*
Y yo a *retrucarle* voy:
Sepa que *lomiando* estoy
Pues me ha pegao en la *uñera*,
Pero lo que yo quisiera
Para hacerle mi *descarte*
Es hallarle en un *aparte*
Y *atraccarle las bageras*.

El contrapunto gauchipolítico sigue durante los años 1858 y 1859. En el campo federal reformista, alguien que sabe mucho de versos en estilo gaucho (¿alguna vez José Hernández?), asume la representación de su tendencia y dice, con soltura y conocimiento, la respuesta adecuada a las arremetidas de Estanislao del Campo. En *La Reforma Pacífica* de marzo de 1859 hemos localizado numerosas composiciones, firmadas por los más variados seudónimos, que parecen salidas de una pluma única. Entresaco de ese material la décima que sigue, aparecida el 4 de marzo:

Mirenlo no mas que facha
pa ronquiar entre la gente
y *ái ay* en un *caso urgente*
se nos *buelbe cucaracha*;
y si no *desí biscacha*
si agora no te *acordás*
de cuando con otros mas,
cuando *jué acusao* "Supino",
si no te *hasés el poyino*
te *yebaba* barrabás.

Enumero otras composiciones aparecidas en *La Reforma Pacífica*, ediciones del 6, 11, 12, 13, 16, 17, 23 y 25 de marzo y 2, 6, 13, 17, 28 y 29 de abril de 1859. Las versadas conservan unidad de estilo, como pueden advertir ustedes en las que siguen:

Puede al dar un tronpesón
En alguna viscachera

Romperse la calabera
Y clavarse el facón.

.....
Con la *Triguna* en un lao
Y medio *hechao* de barriga
El "poyo" a *escrebir* me obliga
Ensimá de mi *recao*...
Crecerà usted con la edá
Y crecerà su careta,
Y con su cara es siguro
Que le crecerà la *Geta*.

.....
Vamos cuñao Aniseto
(Por su hermana tal vez fuera
Y aun eso si no es muy fiera)
Dele guasca á ese buceto
Que le voy a hechar un reto
Cantando por prima arriba;
Deje é rascar la barriga
Y salga usted a la palestra,
No hay que rejuvir la cresta
Que esto en insultos no estriba.

Durante el mes de abril de 1859, se registra un nuevo contrapunto entre liberales y federales (la Buenos Aires segregada y la Confederación urquicista). Ya nos hemos referido al caso en dos estudios nuestros. Se trata de la aparición en el cuadro de nuestra poesía criolla de la enigmática figura de *Juan Barriales*, en quien se detuvo, antes que nosotros, el escritor correntino Angel Héctor Azeves.

En efecto, en la segunda quincena de abril del año citado, el diario *El Uruguay*, de la capital de Entre Ríos, publicó dos composiciones en verso gaucho, tituladas: *Un cielito ateruterao dirigido a Aniceto el Gallipavo* y el *Cielito de la luz dedicado al Ejército que va a invadir Güenos Aires*. La primera de ellas salió como respuesta al *Cielito antiterutero* que Hilario Ascasubi había dado a conocer en las columnas de *El Nacional*, con fecha 11 de abril de 1859.

El seudónimo de Barriales tiene tradición gauchipolítica. Recordemos al *Juancho Barriales* que, en 1830, figura en *El Torito de los Muchachos*, de Luis Pérez. Pero se advierten otras notables coincidencias. Dice el Juan Barriales de 1859:

Que la derrota, canejo!
La cuentan tan a la fija,
Que están como bagual viejo
Con la cincha a la veriija

Y escribía Pérez en 1830:

Pues andan los unitarios
Como bolas sin manija,
Lo mismo que bagual viejo
Con la sincha a la veriija.

Aun más. "Como burro agusanao", compara Juan Barriales; "como perro aguzanao", comparaba Pérez veintinueve años antes. Todo lo cual evidencia un conocimiento en Juan Barriales de la literatura gauchipolítica de la época de Rosas. Era, sin duda, alguien que había seguido muy de cerca y muy atentamente toda la producción en estilo gaucho anterior a 1859. Tal vez José Hernández. Quizá el mismo Pérez. No podemos ir más

EXPORTAMOS CULTURA

El 12 de marzo fue rematada en Nueva York la primera parte de la biblioteca, especializada en historia y en viajes por Sudamérica, del escribano Oscar E. Carbone. En abril y mayo, serán subastadas las dos partes restantes. Se vendieron volúmenes impresos entre 1486 y 1799. Todos contentos: exportamos cultura...

allá en las hipótesis. Podemos afirmar, eso sí, que muy contadas personas podían, en el Entre Ríos de la época, escribir como lo hizo quien se ocultó en el enigmático seudónimo gauchesco.

Orillando lo gauchipolítico, se difunde a principios del año 1861 una curiosa composición que, andando los años iba a ser recogida por los folcloristas. Nos referimos a *El Padre Nuestro de los Santiagueños*, que apareció publicado por *La Reforma Pacífica*, en su edición del 31 de enero de dicho año. Los estudios realizados indican que el autor más probable de esos versos fue el dominico Fray Mauricio Pérez, enemigo acérrimo de los Taboada. Dos estrofas de la poesía nos ilustrarán sobre su estilo:

Oh! ilustre Presidente
De la Nación Argentina,
Mira propicia a esta gente
Que a su gloria se encamina,
Y si como hombre eminente
Estás en tan alto puesto,
Eseúchanos nuestros ruegos
Pues que eres *Padre Nuestro*.

Desde la altura en que te hallas
Mirando a estos desiertos,
Líbranos de los Taboadas
Que son hombres tan funestos,
Y cuando libres estemos
Aunque el mundo se asombre
Fervorosos te diremos
Enzalizado sea tu nombre.

Antes hacían los males
Pero allá de tiempo en tiempo;
Mas hoy que son *liberales*
Los hacen cada momento.
Sus maldades son sin cuento,
Pues con bárbara osadía
Nos roban ciento por ciento
Y nos matan *cada día*.

Un parecido proceso de folklorización experimentó la letrilla en décimas *Con aires de personaje*, que tuvo amplia difusión en Paraná por esa misma época y que fue escrita por Juan Gualberto Godoy. Reproducimos solamente su *primera estrofa*:

Justo José sin embargo
Que nada tiene de Justo,
Tendrá de verdugo un busto
En Vences y Pago Largo;
La India Muerta le hace cargo
De su atrocidad salvaje,
Y en honor del caudillaje

A Europa irá en comisión
A pescar en Southamptón
Con aires de personaje.

Y a fines de ese mismo año 1861, después de la confusa batalla de Pavón y de la inexplicable retirada de Urquiza, se conoció una sátira escrita por Estanislao del Campo, en la que Urquiza aparece dándole cuenta a Derqui de lo actuado. También esta versada orilla, nada más, el estilo gaucho:

Y ya tendí mis guerrillas,
Y ya puse baterías,
Y ya hice las punterías
Y ya hice un ala avanzar,
Y ya di orden de degüello,
Y ya saqué a luz mi espada
Y ya vi la porteñada
Y ya me empecé a asustar.

En fin, Señor Presidente,
Yo empecé a gritar socorro!
Y ahí mismo me apreté el gorro
Como era muy natural,
Convencido de que en vano
Será reanudar la guerra
Y de que hay que echarle tierra
Al partido federal.

Este mismo Estanislao del Campo escribiría, cinco años después, el conocido *Fausto* criollo, en que retomaría la antigua línea que había abordado, en agosto de 1857, con la escasamente conocida *Carta de Anastasio el Pollo sobre el beneficio de la señora de La Grúa*. Con el *Fausto* se mostraría Del Campo tal cual era: chacotón, festivo y fantaseoso, como los vieron sus contemporáneos.

Anastasio el Pollo cierra así el ciclo preparatorio del gran poema, que habría de gestarse a principios de la década de 1870, tras largas peregrinaciones de su autor y como reflejo de todas las vicisitudes del gaucho en la década anterior. Estamos hablando, ciertamente, de don José Hernández, en cuya obra culmina y se corona todo el proceso de la poesía en estilo gaucho, inaugurado por Hidalgo sesenta años antes.

Con todo esto estamos indicando algo esencial: que el *Martín Fierro* no se produjo por puro azar, ni fue el fruto de una improvisación. La tesis de Lugones, todavía aceptada por algunos autores, peca de ligereza. Está desmentida por el propio Poema y por el propio autor. Porque José Hernández, como lo ha sostenido Amaro Villanueva y ahora lo afirma, entre otros, Ángel J. Battistessa, no hizo más que realizar un proyecto largamente madurado, con entera conciencia y responsabilidad de su quehacer y de su obra.

Si no bastase el contenido de la carta-dedicatoria a José Zoilo Miguens, para sacarnos de toda duda, leamos con atención el canto primero de *La Vuelta*. Nos toparemos, sin duda, con dos versos que dicen, alertándonos:

*Mucho ha habido que mascar
Para echar esta bravata.*

El fusilamiento de Lisandro de la Torre

Por JUAN C. ROMERO

ALLÁ por el mes de setiembre de 1861, estuvo a punto de ser fusilado don Lisandro de Latorre, en los campos santafesinos de la Cañada de Cabral. Sí, claro está que no se trata del líder y fundador del partido Demócrata Progresista, que a la sazón aún no había nacido, sino de su padre. Pero el episodio tiene lo mismo gran interés histórico. Por eso mismo, diríamos.

Por tradición familiar se sabía que don Lisandro padre, en vísperas de la batalla de Pavón, había sido tomado prisionero por el general Juan Saá y puesto en capilla para ser pasado por las armas. También se decía que quien lo sacó del apuro fue el entonces coronel Ricardo López Jordán. Es la versión que nos da Edgardo L. Amaral en su libro *Anecdotario de Lisandro de la Torre*.

Estamos en condiciones de ratificar el episodio con documentos. A fines de agosto de 1861, las fuerzas que el general Juan Saá había traído de Cuyo para sumar al ejército federal del Litoral se situaron en la Cañada de Cabral. Al mismo tiempo, los escuadrones de caballería que comandaba el coronel López Jordán acamparon en la Estancia de Correa, a la espera del grueso de las fuerzas de la Confederación Argentina, que se dirigían a enfrentar a las de Buenos Aires al mando supremo del general Urquiza.

El 30 de agosto, el general Saá le escribió una carta al comandante del ejército confederal para darle cuenta de sus marchas y ubicación; y es en dicha epístola que el famoso *Lanza Seca* informa de lo siguiente: *Anoche he visto en la azotea de Latorre un farol y desaparece y aparece por momentos, y de los informes que he tomado sobre esta circunstancia me dicen que hacen ya varias noches que se ve el mencionado farol, apareciendo así en intervalos, y como esta circunstancia hace sospechar que sean señas al enemigo, he tomado la medida de hacer arrestar a dicho Latorre y sus peones hasta averiguar lo que haya al respecto.* La carta aludida, en su original, se conserva en el Archivo Urquiza.

Era cierto no más que don Lisandro de Latorre hacía señas al ejército del general Mitre, cu-

yas avanzadas buscaban, por entonces, un lugar estratégico para esperar a los confederales.

El 9 de setiembre, el coronel López Jordán resolvió mudarse a un campo cercano a donde se hallaba el general Saá. Así se lo dice a Benjamín Victorica en carta de esa fecha. Se mudaría “*a la izquierda de la sotea de Latorre —le expresa— frente más o menos del campo del general Saá porque se me ha echado a perder la aguada mucho...*”

Fue entonces que Jordán se enteró de la prisión de Lisandro de Latorre, su antiguo condiscípulo en el Colegio de San Ignacio de Buenos Aires, donde ambos habían cursado estudios en 1839 y 1840. Y al tener conocimiento de que *Lanza Seca* lo tenía en capilla, no vaciló un momento y pidió al jefe federal de San Luis la vida del prisionero. Tuvo éxito inmediato; y *Lanza Seca*, a quien tanta fama le hicieron los diarios de hombre cruel, puso en libertad de inmediato al santafesino.

Otros amigos de Latorre también se movilizaron para pedir por su vida. Desde Buenos Aires, por ejemplo, los prominentes mitristas señores Lezica y Carranza enviaron un comisionado especial para que intercediera por el preso: el yerno de Marcellino Carranza, un norteamericano llamado Enrique S. Yateman, hombre de negocios y de la masonería. Pero cuando Yateman llegó al campamento de Urquiza ya Lisandro de Latorre había sido liberado por los federales. Sin embargo, el yerno de Carranza sirvió para llevarle a Mitre un mensaje conciliador de Urquiza, tres días antes de Pavón. Pero este mensaje pertenece a otra historia.

El hecho es que, ocho años antes del nacimiento de Lisandro de la Torre (firmaba así y no Latorre como su padre), tres condiscípulos del nombrado estanciero santafesino apresado en Cañada de Cabral se movilizaron para salvarlo de un posible fusilamiento. Porque también Florencio Lezica y Eduardo Carranza habían sido compañeros de Jordán y Latorre en las aulas del famoso colegio de los Jesuitas, levantadas donde actualmente está el Colegio Nacional Central de Buenos Aires.

Revolucionario por v o c a c i ó n

Por RICARDO MARCOS TABOSSI

EN el colmo de la apología partidaria, se intentó —o intenta— ver en Mitre como al “numen de la pacificación nacional”. Se insiste, todavía, entre gesticulaciones y superlativos, que con Mitre “había triunfado el instinto de la belleza moral en política, que triunfa siempre cuando el patriotismo se pone a su servicio”. Y así siempre.

Pero sometiéndonos a una elemental definición, Mitre no justifica el párrafo anterior, pues patriota significa —ante todo— el sacrificio del *interés personal* por el bien de la patria. Así, entonces, Mitre escapa al esquema. Por revolucionario. Por levantisco. Buscalíos. Bochinero con categoría. Revolucionario por “vocación”.

Pero, ¡cuidado!, revolucionario por la revolución misma: por el desorden y difícil situación creada, a fin de obtener, por oportunista, por especulador, halago a su ambición personal. Más revoltoso que revolucionario, pues en el revolucionario jamás faltan los principios; el ideal. Alem fue revolucionario. En él y la Unión Cívica se canalizaron los sentimientos e intereses de la mayor parte del pueblo. Robespierre, Cronwell, también lo fueron. Con Irigoyen se produjo el triunfo de la revolución radical al haber sustitución de sistemas; de ideas; conmoción de la sociedad: verdadera revolución. Pero en Mitre faltó el ideal, ausencia completa de ética política. Un solo objetivo claro vemos en él: llegar a la presidencia. Política personalista, nada más.

I

CUANDO en mayo de 1851, Urquiza, en su carácter de gobernador de Entre Ríos aceptó la renuncia como encargado de dirigir las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, presentada por Juan Manuel de Rosas, se vislumbró, al momento, el conflicto.

De todos lados acudieron los perseguidos de otrora y exilados a voluntad. Allá fue Mitre. A la sazón —como en toda su larga vida de 84 años— se lo ve en la “oposición”. De revolucionario y rebelde. Porque eso fue el pronunciamiento y pos-

terior alianza con el Brasil, desde el punto de vista legal y práctica observada durante dos décadas.

Porque —al decir de un conocido estudioso— no se puede separar una provincia de la Confederación a título de que la gobierna un dictador. Porque sentaba un precedente peligroso. Porque así, una provincia podía arrogarse los derechos de nación independiente, con solo rebelarse contra la autoridad nacional. Porque tal actitud violaba abiertamente el Tratado del Litoral, único instrumento constitucional por el que se ordenaba la Confederación. Porque tal actitud, pues, contradecía el texto del acuerdo en su artículo 4º que decía:

“Se comprometen a no oír ni hacer proposiciones ni celebrar tratado alguno particular, una provincia por sí sola con otra de las litorales, ni con ningún otro gobierno, sin previo avenimiento expreso de las demás provincias que forman la presente Federación”.

Rebeldía y traición. Eran muchos los implicados en ella. Mitre fue uno.

II

YA todo había terminado. Unos cuantos fusilados, unos cuantos escapados y Rosas en Inglaterra.

Urquiza, en virtud del acuerdo celebrado en San Nicolás entre los representantes de todas las provincias, inclusive Buenos Aires, dirigía la Confederación. Pero la provincia más gorda y rica no aceptó al caudillo. Y levantando el cuco de una nueva dictadura en Urquiza y agitando el pendón relamido de la libertad y las garantías, Buenos Aires se separó del resto de la Confederación. Las causas, las últimas y más profundas, fueron, en realidad, de orden crudamente económicas y de ambición personal.

Se produjo la escisión. Rebeldía. Mitre fue principalísimo en la ruptura. Corifeo.

Y así, siempre rebelde, fue contra Rosas por dictador, en "acto" diremos; contra Urquiza, por dictador en "potencia".

Y ocurrió Pavón. Un sainete. De los trágicos...

III

LEGAMOS al año 1874. El sustituto de Sarmiento estaba entre Avellaneda y Mitre. Éste hacía seis años que esperaba el momento. La idea de colocarse la banda por segunda vez le entusiasmó. Decía, por entonces, que "la peor de las votaciones legales valía más que la mejor revolución"; y al aceptar la candidatura, dijo:

"Por eso, al mismo tiempo que acepto la candidatura, debo anticiparme a declarar que cualquiera que sea el resultado de la elección, considero que será un deber prestar nuestro leal concurso al elegido del pueblo y acatarlo como el representante de su voluntad soberana". Ganó Avellaneda y Mitre, según ya es tradición, se levantó en armas. Revolución. La excusa de turno fue el fraude y coacción utilizados por los vencedores.

No duró mucho. En La Verde fue lastimosamente vencido, a pesar de que los suyos eran muchos más: 10 a 1 en proporción. "Brillante" derrota.

IV

YA se retiraba Avellaneda. Era 1880.

Se presentaron dos candidatos: Carlos Tejedor y Julio Roca. Cabildeos y corridas. Buenos Aires y Corrientes apoyan al primero; el gobierno y las provincias, al segundo.

Una maniobra: el disconformismo de Tejedor y estalló otra revolución. Mitre, consecuente consigo mismo, dio el presente. Es que siempre estuvo allí, donde se le presentó la oportunidad de recuperar el poder. Siempre fue con aquél que podía ayudarlo a reeditar su pasada política antes de Pavón: La presidencia... la presidencia...

Al lado de Tejedor se puso en inteligencias con el gobernador de Corrientes. A tal punto "que se hizo nombrar plenipotenciario correntino, y en ese carácter firmó el día 9 de junio un pacto de alianza ofensiva-defensiva entre los gobiernos de las dos provincias".

Matanza de civiles y la revolución fracasó.

V

LA desastrosa política financiera y el fraude electoral en los días de Juárez Celman provocaron oposición. Que se agrupa y se organiza. Se constituyó, así, la Unión Cívica, fundada por hijos de reconocida militancia rosista y federal Leandro Alem, Bernardo de Irigoyen, Aristóbulo del Valle, etc. Allí estaba, confundido y en "oposición", Mitre.

Pero aquí Mitre se mostró disconforme al estallido revolucionario. Quizá porque le asustaba un

gobierno de reconocida raigambre popular (La Unión Cívica, en la época, fue el partido que capitalizó más simpatías y apoyo del pueblo). Él: Mitre, culto y refinado, mal podía ver la irrupción de la clase media y baja en la política; en la cosa pública. Y eso ocurriría si la revolución triunfaba. La revolución significaba Alem. ¿Y quién era Alem? ¡El hijo de un mazorquero!

Por las dudas, Mitre marchó a Europa. Doble juego: si la revolución estallaba y ganaba, su regreso sería apoteótico y con fuerte participación en la administración; si fracasaba, sería eximido de culpa y cargo, como que no estaba al lado de sus compañeros muertos en el Parque. 26 de julio de 1890: estallido y fracaso.

VI

ANTE las inminentes elecciones de 1892, la Unión Cívica, en convención realizada en Rosario, presentó la fórmula Mitre-Bernardo de Irigoyen.

Al fin parecía concretarse los sueños largamente acariciados de ser nuevamente presidente ya que la fórmula arrastraba la mayoría. Pero le salió al cruce Roca. "el Zorro". Con sutileza de gran político le notó a Mitre la conveniencia de evitar cualquier tipo de lucha; "no es solución, le dice; que el país está postrado; que ya se perdió mucha sangre; que..." ¡Y aquí la trampa! Roca, el hombre fuerte del país, y el P.A.N apoyarán a Mitre, pero Irigoyen sería reemplazado por Evaristo Urriburu. Aceptar significaba traicionar a la Unión Cívica y a Alem. No importa. Roca era más seguro; además se acercaba muchísimo más a su propia idiosincrasia y a su clase: ambos eran oligarcas. Por todo eso aceptó.

Sorpresa. "El Zorro", a último momento lo desplazó. Y Mitre, sin nada, como antes. Con el agravante de que ya se estaba poniendo viejo.

VII

POR todo lo antedicho resulta que Mitre, "la bolilla negra de la política argentina", al decir de José Hernández; aquél de quien se ha dicho que inició "la aurora de regeneración de los pueblos argentinos", fue el más activo y empecinado revolucionario de la segunda mitad del siglo pasado. ¿No dijo acaso: "He pasado mi vida en los campamentos y mi OFICIO es echar abajo a cañonazos las puertas por donde se entra a los ministerios"? ¿No refleja a través de su larga militancia política, una obsesión casi patológica, por el poder? Veamos: Presente en todos los golpes y revoluciones. En 1852, contra Rosas. Hasta 1861 contra Urquiza, su compañero de ayer. Contra Sarmiento y Avellaneda en 1874. Con Tejedor y contra Roca seis años después. En 1890, en la Unión Cívica y contra Juárez Celman; y traicionándola, luego, a la sola posibilidad de obtener el apoyo de Roca y el P.A.N.

Revolucionario. Revolucionario por vocación.

Testimonios

EL 6 de febrero de 1945 fue fusilado en el fuerte de Montrouge, cerca de París, Roberto Brasillach, poeta, crítico y periodista francés, militante del nacionalismo, acusado de colaboracionista. De Gaulle —quien hoy asume la tesis de Brasillach sobre la colaboración franco-germana— lo dejó fusilar pese al pedido de gracia que le formularon las más grandes figuras intelectuales de Francia, encabezadas por François Mauriac. El estremecedor poema que ofrecemos data de dos semanas antes de su fusilamiento; y el texto de J. L. Gómez Tello apareció en “Arriba”, Madrid, 18 de febrero de 1962.

F. CH.

ROBERTO BRASILLACH, DE REGRESO

HACE diecisiete años, Roberto Brasillach era fusilado en el fuerte de Montrouge. Con él se derribaron, de doce balas, muchos pensamientos puros, muchos libros por escribir, muchos versos por los que clamar a los corazones de la juventud. Pero no se asesinaron sus ideas. Brasillach escribió una vez: “¿Qué importan las derrotas? / Tendremos otras mañanas. / Sé que ya me escucha / el Mañana”. Este mañana es la juventud de hoy, que comienza a congregarse en torno a esa bandera de luz que fueron las ideas de Brasillach.

En menos de cinco horas se le juzgó y condenó a muerte. En menos de una generación, sus ideas y su nombre, tanto tiempo silenciado, están de regreso. Roberto Brasillach sabía que se le buscaba entonces para matarle, pero se entregó voluntariamente para ser encarcelado en Fresnes. Sabía que así había de llegar un día en que se buscarían también sus libros para leer en ellos la gran lección de la libertad, no la de la celda de la cárcel anónima, anónima muerte. Creía que no tenía nada que reprocharse. Hoy creemos que tenemos que reprocharnos el haber dejado tanto tiempo su nombre en una semipenumbra. Él, en efecto, no tenía nada que reprocharse ante sus jueces, salvo una cosa: sus ideas, las ideas que había ido plasmando, línea a línea, en cada libro, en cada artículo. Esas líneas le fueron también leídas una a una para pedir su cabeza. En la Europa de 1945 —y también en la de 1962— un Joaovici estafador, crapuloso y jugador con dos barajas, podía ser perdonado y hasta honrado. Pero un Roberto Brasillach, no. Como no podían serlo ni Bassompierre, ni Jean Harold Paquis, ni Paul Chack, George Suárez, Jean Luchaire, Carlo Borsani, el poeta ciego. Todos fueron fusilados. Como

no podían serlo Fabre Luce, Benoist-Mechin, Sacha Guitry, Drieu la Rochelle, Bardeche, Abel Hermant, Henry Beraud, Spampanato, todos condenados. ¿En nombre de qué? En nombre de sus ideas. Sobre todo, en nombre de una idea, a la que por otra parte, en la mayoría de los casos, no les unió activamente, sino el sentirse miembros de su familia espiritual.

Esta idea tiene en nuestros corazones —ayer y hoy— una resonancia profunda, un timbre de campana, de fábricas, un brillo de estandartes y trompetas, un clamor de torrente primaveral, un aliento que nos llega desde los ex combatientes de los Cuerpos Francos, que se batieron en el Báltico, en Berlín, en Munich, en el Saar —leed las obras de Ernest von Salomón, las de Moeller von der Brucke, las de Drieu la Rochelle, ciertas páginas de Benoist-Mechin, de Fabre Luce, de Spampanato— hasta hoy: Europa. He aquí la idea y la palabra condenadas entonces en Roberto Brasillach y en tantos hombres de Italia, de Francia, de Alemania, de Croacia, de Rumania, de Hungría, de Polonia, que se resumen simbólicamente en el gran poeta francés muerto en Montrouge, doce balazos en el corazón.

Esta Europa, a la que él pertenecía, a la que se entregó con pasión de combatiente y de intelectual, debía estar amasada por el entendimiento de las patrias, por el entendimiento de su patria, Francia, por la que luchó como soldado, con la Alemania contra la que combatió con uniforme, pero amó ideológicamente. Antes que otros muchos, Brasillach gritó la palabra Europa desesperadamente, porque la veía proyectarse resplandecientemente sobre las ruinas de la guerra, como una bandera a la que servir, como una primavera que brotaría de aquellas mismas ruinas, donde queda-

ban enterrados los huesos y las carroñas de los mejores. Y la había visto nacer en nuestra Patria, en España, sobre la tierra de Castilla, que tanto amó José Antonio, bajo el cielo acerado de Toledo. En las últimas páginas de su libro *Los cadetes del Alcázar*, escrito con Henri Massis, y que fue el primer libro dedicado a esta gesta, escribió: "Los cadetes de Toledo no han luchado sólo por España: han defendido el Occidente católico". La unidad de Europa occidental se le aparecía así grabada en la silueta del Alcázar mutilado, y no estaría de más que nuestra juventud leyera este libro para ayudar a desintoxicarse. Quizá así se comprenda por qué hermosas razones secretas, profundas, heroicas, nosotros estamos unidos a la Europa de Brasillach.

Bien es verdad que nuestra generación no quería la Europa de la dimisión, sino la de la virilidad, de la resurrección, de la potencia espiritual y material. Roberto Brasillach, como su generación, como nuestra generación, gritó en nombre de esta Europa lo que queríamos: un renacimiento juvenil, un entusiasmo de resurrección, un mensaje de hombres enteros, una actitud de heroísmo, de sacrificio, de disciplina, conceptos sobre los que hoy se ironiza en nombre de la facilidad, del confort, de la transigencia, de la traición a todos los ideales. Estos jóvenes podían encontrarse circunstancialmente, y de hecho se encontraron, en trincheras opuestas. Pero los mejores de cada bando supieron encontrarse a la hora de una esperanza de reconstrucción, sobre esta mística europea. Yo no sé si esta colaboración no pudo crearse antes de 1945, porque era demasiado pronto o porque fue demasiado tarde. Algunos, las mentes más lúcidas o los corazones más valerosos, supieron hacerlo. Unos, en la Legión del Este, en las filas de la división Wikingo, o en el batallón Carlomagno, o en las brigadas Ettore Mutti. Otros, como Jean Harold Paquis, escribiendo su editorrial europeo para un periódico imaginario hasta el mismo día en que fue llevado ante un pelotón de ejecución, con la camisa azul. Pero lo cierto es que diecisiete años después de la muerte de Brasillach ya no sorprende a nadie que hombres que entonces estaban contra las ideas de Brasillach sean hoy acusados de "fascistas" como él. Tengamos el valor de decir que esto ha sido posible porque median entre las generaciones una cadena de muertos resplandecientes como arcángeles.

Brasillach, en los días de la prisión, cuando ya presentía su muerte, le respondió a Benoist Mechin, que ironizaba, terrible ironía, sobre sus "ideas negras":

—Las ideas negras no son para mí. La bandera negra, sí. Pero las ideas claras.

Estas ideas claras son las de una juventud que se batió por unas palabras que son de Brasillach:

"Nosotros sabemos que, sea el que sea nuestro destino, nuestra tarea consistirá en todas las circunstancias en volver a crear este clima nacional y audaz en que nuestra Patria deberá vivir para asombrar al mundo. Pero, ¿después de qué, en

cuánto tiempo?" Sabía, pues, que la simiente no se arrojaba para su época, que después de todo lo más importante era proyectarse sobre el futuro, afirmando las raíces de la idea. Brasillach sentía Europa con un nombre claro y concreto, en toda la amplitud de la palabra, sin miedo y sin complejos, desde la exaltación de las grandes concentraciones de Nuremberg hasta el silencio de los que iban a morir en una frontera oscura de la guerra. Quería un nuevo estilo de vida, una nueva ética, una revolución nacional, que elevaba al plano de revolución europea. Antes que la condena del nacionalismo egolátrico y estrecho fuera un artículo de fe, un dogma de la Europa de 1962, Brasillach le dio por condenado. Lo había visto pulverizado por los cañones de la guerra de 1939, cuyas consecuencias de parto de la idea europea previó. También previó que él no vería madura la cosecha porque aún era temprano para un espíritu de colaboración, que entonces sentían sólo los combatientes, los voluntarios flamencos y valeses, los españoles y los finlandeses, los suecos y los griegos, los húngaros y los rumanos, cuyas ideas encontraréis en las amarillas páginas de una revista que se llamaba "Revista de la Juventud Académica Combatiente".

En la hora del proceso, Brasillach no se defendió a sí mismo. Defendió el futuro, manteniendo las ideas que había abanderado siempre.

¿Qué es lo que se condenó en Roberto Brasillach? Se condenó su pasión por la vida. Amaba los "hermosos cantos graves" de los soldados y las peregrinaciones patrióticas a Chartres, la sinfonía heroica de los estandartes, el relámpago de las bayonetas, un sentido total de la existencia que fuera fuego en el alma de los pueblos. Se le condenó por haber acusado a los verdaderos culpables de la guerra y haberse enfrentado con el Tribunal que reclamaba su cabeza sin pedir clemencia, sin querer engañarse sobre su destino, sin tachar una sola de las cuartillas que había escrito, sin haber renegado de una sola de sus ideas. Todavía en la prisión, escribió un libro, notas sueltas, con una arquitectura interior profunda y conmovedora, donde se encuentran párrafos que nosotros no podemos ignorar: "El fascismo es el espíritu social y nacional, es el espíritu de equipo ante toda otra cosa. Sería desfigurarlo creer que no puede servir más que de muralla a una resurrección de viejas fórmulas homicidas que han llevado a Rusia a la revolución de 1917 y a España a la revolución de 1931. El fascismo no es el marxismo, pero combate las injusticias contra las que aquél propone su mal remedio". Y en otra nota puede leerse: "Es el espíritu de José Antonio el que nosotros hemos saludado aquí y el que queremos mantener a nuestro modo para nosotros. La canción de la Falange proclama que las banderas que volverán "llevarán prendidas cinco rosas —las flechas de mi haz". Nosotros hemos soñado también con cinco rosas populares y maravillosas, las hubiéramos querido para nuestro país, bordadas en espíritu sobre banderas pacíficas,

sobre banderas no vencidas...". Y lo que sigue.

He aquí el mensaje postrero de Roberto Brasillach. Hace diecisiete años, pero sus palabras son más actuales que nunca. La juventud que ha llegado después de los que ya no somos tan jóvenes, podrá aceptarlas o rechazarlas, está en su derecho. Pero al menos debe conocerlas antes de decidir si los hombres que simboliza el nombre de Roberto Brasillach, los Moeller van der Brucke,

los Drieu la Rochelle, los Borsani, los forjadores de una gran familia espiritual que no es ni el marxismo ni el capitalismo estaban o no equivocados. La violencia con que sus ideas hacen explosión en nuestra época —y este es un hecho cada vez más visible— nos autoriza a pensar que murieron precisamente para que sus ideas vivieran.

J. L. GÓMEZ TELLO.

EL TESTAMENTO DE UN CONDENADO

A los treinta y cinco años de mi vida,
Prisionero igual que Villon,
Encadenado como Cervantes,
Condenado como André Chénier,
Ante la hora de los destinos,
Como otros en otros tiempos,
Sobre estas hojas mal escritas
Doy comienzo a mi testamento.

Por sentencia, de los bienes de aquí
Se me quiere tomar la herencia.
Cosa fácil, yo no tenía
Tierra o dinero en mi porción.
Y mis libros y mis imágenes
Se los puede dar a los vientos:
La ternura y el coraje
No son objetos de juicio.

Primero, dejo mi alma
A Dios que fue su Creador,
Ni santa ni pura, lo sé,
Sólo la de un pecador.
Pueden decir los santos franceses,
Que son los de la confianza,
Que nunca se me ocurrió
Pecar contra la esperanza.

¿Qué don brindaré a mi patria
Que me desechó de sí?
Siempre creí haberla servido,
Igual la quiero todavía.
Ella me ha dado mi país
Y la lengua que fue mía:
Yo aquí no puedo legarle
Más que un cuerpo en tierra inhumana.

Y después, dejo mi amor,
Y la infancia con mi corazón,
El recuerdo de mis días primeros,
El cristal, la dicha más pura,
¡Ah! dejo todo lo que amo,
El primer beso, la frescura,
Dejo en verdad todo mí mismo
O, si existe, lo mejor.

A ti, a la primera imagen,
Al sonreír sobre mi cuna,

A la ternura y el coraje,
A la magia de los bellos días,
Sol aun en los sollozos,
Altivez en los tiempos malos,
Para quien nada ofrece de nuevo
La edad que siempre tiene tu hijo.

Para ti, hermana, amiga mía,
(He pasado tan poco tiempo
Lejos de ti, toda nuestra vida
Nuestros pechos un mismo latido
Han palpitado) lo que dejo
Son nuestros graneros de primavera,
Los juegos de nuestra juventud,
Nuestros paseos de estudiantes.

Es, entre la nieve helada,
La alegría que era tuya,
La sonrisa que tú hacías
Más allá de las rejas lejanas,
Tú tan altiva, oh indómita,
Burlona en la mala suerte,
Mi amiga de todos los estíos,
Hermana de alegrías y penas.

A tí también que he visto nacer
Como una hija de mis doce años,
Pequeña hermana, a la ventana
Vienes también en días graves.
A tí todo lo que nos une,
Desprecio por los corazones fugaces,
El silencio que nos asemeja,
El amor que no es ruidoso.

Pequeños chicos de mi casa,
Vosotros que no me olvidaréis,
(Y quizá vengan otros más)
Me habéis dado aquí en la tierra
Las mejillas, el prieto abrazo,
Vuestro sueño al que vigilo:
Yo os reclamo aquí abajo,
Os devuelvo estas maravillas.

Y ahora, a ti, Maurice,
Hermano de mi juventud,
¿Qué te daré yo que pueda

No ser ya tuyo de lo que dejo?
He aquí París que fue nuestro,
He aquí Florencia erguida,
Y en los caminos secos y rojos
He aquí incesante nuestra España.

Pero he aquí sobre todo, hermano,
El corazón de nuestra adolescencia:
Ningún azar lo desespera,
En todo conserva confianza.
Aun al destino enmascarado
Le decimos sí con voz clara,
Cualquiera sea. Y nada ha faltado
A las dádivas que podía hacernos.

Bien o mal, ¡aceptemos el pago!
Yo lo restituyo, todo mezclado.
Pero te dejo lo más hermoso,
Los diecisiete años, el alba nueva,
El color de la mañana profunda,
Nuestros años parejos y bellos,
Los chicos en nuestra casa,
Y nuestra juventud inmortal.

Luego, he aquí, a mis amigos
Una tarjeta para cada uno.
Los de ayer, y vosotros de hoy,
Me rodeáis sin escapar,
Encendéis sobre mis pasos
El más bello fuego del futuro.
Tiendo mis manos a vuestras figuras,
Ellas cuidan de que no tiemble.

Querido José, he aquí la ciudad,
Y la Corte de Luis el Grande.
Georges, para un estío futuro
He aquí la senda en los campos.
Henri, he aquí los muelles del Sena,
Y los libros para hojear,
Y el país de la Sirena
Que habríamos de visitar.

He aquí la Navidad de Vendôme,
Notre-Dame de los peregrinos.
El pasado fue en suma tan bello
Que no hay que censurar al destino.
Hasta el fin de nuestra edad humana
Habremos guardado lo mejor,
El conocer lo que somos,
La juventud de nuestro corazón.

Y para ti, desde hace mucho
Surgida de la adolescencia,
No tengo más que extraños presentes
Para dejarte, amiga mía:
Menos de alegría que de pena,
El asilo donde abrigabas mi vida
En medio de las malas semanas,
Y eso que jamás se olvida.

Para vosotros, hermanos de la guerra,
Los compañeros de las alambradas,
Fieles en todas las miserias,

Vosotros no dejáis de hablarme.
He aquí nuestras nieves en el campo.
He aquí nuestras esperanzas de exilados,
Nuestra espera de tanto tiempo,
Nuestra fe que nada ha turbado.

Vosotros, muchachos de mi país,
He aquí las palabras que decíamos,
Nuestros fuegos de campamento nocturnos,
Y nuestras tiendas en los bosques.
Lo conocéis mejor que nadie,
Yo quise preservar a mi patria
De la sangre vertida, y yo os doy
Esa sangre guardada, amigos míos.

Querido Well, nuestra santa colina,
El pequeño pueblo del mercado,
La calle con bulla en que uno camina,
Los carritos de los verduleros,
Son para ti, amigo testarudo,
Que en la sombra siempre adivinas
Lo que la esperanza nunca abatida
No obstante la apariencia dibuja.

Y para vosotros, recién llegados,
Compañeros de oscuras jornadas,
O cautivos de calabozos reclusos,
Guardad mis horas de condenado,
Guardad el frío, guardad el tedio:
Para los que no los tuviesen ya
Ellos también son tesoros.
Con vosotros los he conocido.

Unas sombras, algunos rostros
Tienen aun derecho a algunas migas:
Terminemos ya el reparto
Antes de que llegue el destino.
Todos los muchachos y chicas
Que vinieron a acortar mi camino
Bien pueden en la noche que brilla
Esperar comigo la mañana.

Para todos tenía yo las manos llenas:
Ellas ahora están vacías.
De las imágenes más lejanas,
Del pasado más conmovedor,
Yo no conservo para llevar
Más allá de las tierras humanas,
Lejos del placer de mis veranos,
De amistades que fueron mías,

Sino lo que no me pueden quitar,
El amor y el gusto de la tierra,
El nombre de aquellos con quienes soñaba
En medio de mis noches de miseria,
Los años de todas mis delicias,
La confianza de mis hermanos,
El pensamiento de mi honor
Y el bello rostro de mi madre.

ROBERT BRASILLACH.

22 de enero de 1945.

MANUEL A. SÁEZ

NACIÓ en Mendoza en 1834 y murió en 1887. Se formó en Alemania, doctorándose en la Universidad de Erlangen, y tuvo posteriormente una sobresaliente actuación en Cuyo como jurista y como escritor. Cuando en 1866 estalló la "revolución de los colorados", tuvo a su cargo la defensa de Santos Funes, uno de los acusados de complicidad con los insurrectos. Escribió mucho en diarios de San Luis y Mendoza, y gran parte de su obra fue recopilada por Carlos Briseño y publicada en Valparaíso en 1871. También ese año apareció en Chile su estudio *El derecho antiguo de los romanos*, y al año siguiente publicó *La influencia de la religión en el bienestar del pueblo*. Su filosofía fue la de un cerrado tradicionalismo, que él conciliaba con el liberalismo de la época bajo formas federales, en notables coincidencias con el pensamiento del Alberdi historicista. En 1880 apoyó la candidatura de Bernardo de Irigoyen a la presidencia de la República, que no prosperó, ya que obtuvo sólo 3 votos en la elección. En 1884, el doctor Irigoyen lo designó director de Tierras y Colonias, durante el ministerio que ejerciera. El estudio titulado *Federalismo y Unitarismo* fue escrito en 1880, en apoyo de la candidatura de don Bernardo. A él pertenece el fragmento que reproducimos a continuación.

FEDERALISMO Y UNITARISMO

[1880]

EL ORIGEN DE LOS PARTIDOS UNITARIO Y FEDERAL. — EL GOBIERNO COLONIAL SE REDUCÍA A LA CONSERVACIÓN DE LA AUTORIDAD PARA LUCRAR PERSONALMENTE CON ELLA.

En el virreinato del Río de la Plata un número reducido de españoles gozaba de las ventajas del gobierno supremo de la colonia en la capital de Buenos Aires, formando una aristocracia de intereses encontrados con los criollos que eran los hijos del país o sea los nacidos en él de procedencia española, indígena o mixta.

Por el sistema económico de restricciones con que España cerraba la puerta de sus colonias al comercio de las demás naciones europeas, a pesar de no poder satisfacer las necesidades de ella con su propia industria, el contrabando fue en Buenos Aires, si no un hecho ilícito, muy tolerado y aceptado por todos, gobernando la causa originaria de las ventajas del gobierno que administraban particularmente y en el nuevo personal que dejaba el ejercicio de la autoridad y la administración de los caudales del monarca español.

Así, pues, el gobierno colonial de Buenos Aires en sus últimos tiempos fue verdaderamente maquiavélico, si no lo era peor, porque se reducía a la conservación a toda costa de la autoridad pública para lucrar personalmente con ella.

EL GOBIERNO QUE SALIÓ DE MAYO MANTUVO LOS CARACTERES DEL ANTERIOR, CON LO QUE FUE CENTRALISTA Y ABSOLUTO. EN ÉL TUVO SU ORIGEN EL PARTIDO UNITARIO.

En tal estado de cosas sobrevino la revolución de Mayo de 1810 y el gobierno que de ella surgió tenía indispensablemente que tomar las mismas condiciones del que le había precedido, con agravación de carácter en ellos, porque el desconocimiento aunque simulado de la autoridad legítima con cierta alteración en el régimen, debía infaliblemente causar recelos sobre resistencias de los gobernados a infundir temores sobre ataques del gobierno español de donde quiera que éste se encontrase mejor radicado, de cuya complicación resultaba la necesidad de que los hombres del gobierno revolucionario se conociesen perfectamente entre sí, lo que sólo tenía lugar entre personas del recinto de la ciudad en que había tenido lugar la revolución y se mancomunasen en la responsabilidad de sus actos para poder hacer frente con mayor confianza a la situación delicada y peligrosa que se había formado.

Este gobierno, por las tradiciones del colonial de que procedía y especialmente por las circunstancias que lo rodeaban en los primeros momentos de su existencia, fue centralista y absoluto y tenía

que serlo porque sus hombres se consideraban con el mérito de ser los primeros revolucionarios, porque como hijos de la capital más populosa y más rica del virreinato, se atribuían el derecho exclusivo de conservar en ella la dirección de todas las intendencias y por cualquier traba o limitación en el ejercicio del mando, podría producir inconvenientes o combinaciones que frustrasen los fines de la revolución.

En estos hechos tuvo su origen y con ellos inició su vida práctica el partido unitario que ha tenido por bandera el predominio de la ciudad de Buenos Aires sobre todo el territorio de la Nación.

LAS NECESIDADES DE LA REVOLUCIÓN Y LAS DE LOS DIVERSOS Y APARTADOS PUEBLOS DEL VIRREINATO DIERON NACIMIENTO AL PARTIDO FEDERAL.

Pero el mismo día de la revolución, el gobierno informe surgido de ella, sintiéndose débil por la estrechez de su origen para sostener la situación, invitó a los pueblos del virreinato a enviar sus representantes a la capital para constituir el gobierno general de la nueva nación que se diseñaba en la imaginación de los revolucionarios; y las provincias, inferiores, respondiendo con unanimidad al movimiento, acariciando con entusiasmo la idea que lo había producido y aceptando el medio de realizarla, enviaron sus representantes a Buenos Aires, estableciéndose así el principio de un gobierno nacional que luego no más se determinó en su carácter por las exigencias y necesidades especiales de los diversos y apartados pueblos que ocupaban la extensa comarca del virreinato y se formó el partido federal con la bandera del predominio de la nación en la dirección general del estado y la conservación de la autonomía en sus componentes para el gobierno particular de ellas.

CÓMO EL CENTRALISMO INTENTÓ BURLAR EN FORMA SUCESIVA AL FEDERALISMO. SON EXPULSADOS DE LA PRIMERA JUNTA LOS REPRESENTANTES DE LAS PROVINCIAS.

Dos principios tan opuestos entre sí no podían tener conciliación en la práctica y así sucedió que llegados los representantes de las provincias a Buenos Aires, sólo por la necesidad de su concurso y con grandes resistencias fueron aceptados en la Junta Gubernativa; pero además empezó a hacerse sentir en el gobierno la acción de los diputados provinciales, se hizo salir con disimulo al Presidente de la Junta que había sido uno de los elementos principales de la revolución, por no ser natural del lugar y se expulsó de la ciudad a los representantes de las provincias por razón de entorpecer la dirección ajena del Estado.

LA ASAMBLEA DEL AÑO 13 CONCLUYE EN EL IGNOMINIOSO DIRECTORIO.

Buenos Aires quedó sola en el gobierno, mas como el ejército del norte sufriese contrastes y la actitud amenazante de Montevideo hiciese dudar de su consistencia, se invitó nuevamente a las provincias para la formación de un gobierno nacional

y en los primeros días de 1813 se instaló la Asamblea general constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Este cuerpo nacional sitiado y oprimido por todos los elementos centralistas de la localidad, no pudo desempeñar su cometido y al cabo de un año desapareció ante su Directorio centralista destinado a someter a la Banda Oriental que puso bases para un régimen federal ordenado y que se sustraía de la obediencia del gobierno precisamente por su centralización.

El directorio fue impotente para realizar su objeto y no pudiendo sostener el despotismo y la inmoralidad de la administración, ofreció el país a la Inglaterra sin condiciones, prefiriendo que lo gobernase una nación extranjera, antes de consentir en que las provincias interiores tomaran participación en la dirección de sus destinos.

EL CONGRESO DE TUCUMÁN, ARRASTRADO A BUENOS AIRES, DA LUGAR AL REGLAMENTO PROVISORIO DE 1817 Y A LA CONSTITUCIÓN DE 1819, AMBOS DE CARÁCTER UNITARIO, CON LO QUE SE DESEMBOCA EN LA DISOLUCIÓN DEL AÑO 1820.

Caído el Directorio por la acción de su propia ignominia, se invitó por tercera vez a las provincias a formar un congreso nacional que se reuniera no ya en Buenos Aires, sino en alguna del interior que determinase la mayoría, y ese congreso se instaló en Tucumán en marzo de 1816.

Pero este congreso que declaró la independencia, no pudiendo sostenerse por sí solo en Tucumán, fue arrastrado a Buenos Aires en donde bajo la influencia de la centralización dictó el reglamento provisorio de 1817 adoptando el régimen unitario con el que levantó manifestaciones de resistencia de las provincias, entró en negociaciones para entregar al país a príncipes extranjeros y en su despecho sancionó la constitución de 1819, que levantó en armas a las provincias contra Buenos Aires y disolvió los vínculos de la nacionalidad en 1820.

EL CONGRESO DE 1824, CONTRARIANDO LA VOLUNTAD EXPRESA DE LA MAYORÍA DE LOS PUEBLOS SANCIÓN LA CONSTITUCIÓN UNITARIA DE 1826.

Entregadas las provincias al aislamiento y obligadas a ejercer por sí solas la totalidad de su soberanía empezó el gobierno de Buenos Aires a sentir la disminución de su importancia política y las invitó por cuarta vez a la reunión de un congreso general, que constituyese la nación. Las provincias respondieron como siempre a la invitación y el congreso se instaló en Buenos Aires en diciembre de 1824, estableciendo en una de sus primeras leyes que no se procedería a la sanción de una constitución sin consultar la opinión de las provincias, y que se sometería a la mayoría de ellas sobre el régimen de gobierno que debería adoptarse.

Pero este congreso, influenciado como los anteriores por los elementos de la centralización que lo rodeaban, se precipitó a nombrar de presidente de la República al jefe del partido centralista, y

con la exposición de tres provincias que se pronunciaron por el sistema unitario, sancionó en 1826 una constitución centralista calcada en la de 1819, contrariando los votos de la mayoría de los pueblos que se decidieron por el sistema federal.

Esta reincidencia en el error, explicable tan sólo por la ignorancia y la debilidad de carácter de los representantes de las provincias y por la pasión ciega del partidismo de los de Buenos Aires, echó por tierra todo el ensayo de organización, y el gobierno nacional desapareció ante la resistencia de todas las provincias a la cabeza de las cuales se puso la misma Buenos Aires que había sido segregada de su capital para determinar en el municipio de ella la órbita de acción de los intereses genuinos del partido y distinguidos de los que se moviesen con tendencias diversas en el resto del territorio de la República.

NO CONTENTOS CON LO ANTERIOR, LOS PROHOMBRES DEL PARTIDO UNITARIO HACEN ASESINAR A DORREGO, JEFE DEL PARTIDO FEDERAL.

No fue bastante este último desengaño de la imposibilidad de constituir el país bajo el sistema unitario: y los prohombres del partido encogidos por la pasión, ocurrieron a un medio abominable de hacer triunfar sus pretensiones: citaron por delante a un militar insurrecto que manchando sus glorias adquiridas en la guerra de la independencia, asesinó alevosamente al gobernador de Buenos Aires, porque siendo nacido en la ciudad capital, tenía el crimen de haber contrariado las tendencias del congreso, atacando sus errores y de haberse convertido, por la consecuencia de esos mismos

errores, en el jefe del partido federal de la República.

En la ofuscación de las pasiones llegó a creerse que asesinando lo persona se destruía el principio representado en ella, pero las consecuencias inmediatas pronunciadas en la guerra civil, se encargaron de demostrar al instante que ese asesinato había sido un crimen de peor carácter que los errores del congreso, porque en el acto mismo de su ejecución, se diseñó en el horizonte una dictadura que los sucesos posteriores hicieron terrible y exterminadora.

LA DICTADURA DE ROSAS: SU JUSTIFICACIÓN. ANTE TODO DESACIERTO SE IMPONE LA DICTADURA.

Buenos Aires, la más perjudicada con tanto desacierto, tomó a su cargo esta ingrata tarea y encomendó el desempeño de ella a uno de sus jefes militares a quien ascendió, revistió de la túnica del poder público para hacer eficaz su acción.

PARA EVITAR ENSAYOS RUINOSOS DE ORGANIZACIÓN, LAS PROVINCIAS APOYAN LA DICTADURA.

La dictadura se ejerció y las provincias todas la sostuvieron para evitar la repetición de ensayos ruinosos de organización, y para destruir los gérmenes de la discordia que la postergaba por tiempo indefinido, habiéndose empleado un cuarto de siglo que forma una época luctuosa en nuestra historia; para restablecer las cosas al estado en que se encontraban cuando se abusó de la buena disposición de los pueblos para constituirse en nación.

MANUEL A. SÁEZ.

El Centenario de MARTÍN FIERRO

EN la edición del diario "La Prensa" del 8 de marzo se publicó un despacho informativo especial enviado desde Montevideo, referente a la celebración del centenario del *Martín Fierro* en ambas bandas del Río de la Plata y a los actos que se programan con motivo del mismo. De acuerdo con ese despacho, la fecha del centenario del poema de Hernández "se considera ubicada en un ciclo que comprende desde el año 1866 al 1872". Se expresa en el despacho que Hernández, en correspondencia mantenida con el poeta oriental Antonio D. Lussich "ya hace referencia en 1866 que tiene en preparación su libro sobre Martín Fierro". También se dice que "en 1866, en el periódico el mismo José Hernández ya mencionaba a *Río de la Plata*, que se editaba en Buenos Aires, *Martín Fierro*".

No podemos pasar por alto el doble error cometido por el corresponsal que envió el despa-

cho sobre el centenario del poema. Ni Hernández conocía a Lussich en 1866, ni *El Río de la Plata* aparecía en esta fecha. Lussich tenía apenas 18 años por 1866, y además tenemos un testimonio suyo que indica que conoció a Hernández recién en 1872, meses antes de la aparición de *Los Tres Gauchos Orientales* y del *Martín Fierro*. En su muchas veces publicada carta a Hernández, del 14 de junio de 1872, expresa lo que sigue: "Durante su último viaje a esta ciudad, tuve el honor de ser presentado a Vd. En una de mis visitas, haciendo referencia a la última campaña revolucionaria de mi patria... etc.". Dicha campaña revolucionaria acabó con la Paz de abril de 1872, después de la cual tuvo lugar la visita a que se alude. En cuanto a la mención de *El Río de la Plata*, recordemos simplemente que este diario apareció el 6 de agosto de 1869.

Los Nacionales

LEONARDO CASTELLANI

EL padre Castellani nació en 1899 en San Jerónimo Norte (Reconquista). Es doctor en filosofía y teología, y posee diploma de Estudios Superiores de Filosofía de la Sorbona de París. Ha sido profesor en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires y en el Instituto de Humanidades de Salta. Su producción filosófica y literaria es vastísima, con títulos entre los que se cuentan "Elementos de metafísica", "Crítica literaria", "Historias del norte bravo", "Camperas", "Las muertes del padre Metri", "El libro de las oraciones", "Su Majestad Dulcinea" y "Lugones". Uno de los libros más logrados es "El Evangelio de Jesucristo", de una asombrosa modernidad. Su talento y estilo unamunescos carecen de parangón en la Argentina. El poema que reproducimos data de 1954.

YAMBOS

"Lo negativo no debe desaparecer en lo positivo, no debe ser *aufgehoben*; debe aparecer allí sin cesar de nuevo, bajo la forma de conciencia del perdón, bajo la forma de la incertidumbre en el centro de la creencia. La antítesis queda presente en la síntesis".

(Kierkegaard.)

¡Qué frío hace y qué soledad hace!
He tocado los fondos donde el infierno nace.
¡Oh, Dios!, ¿por qué me has fabricado herido
y un demonio a mis carnes tercamente adherido?
¿No era mejor hacer dos hombres de uno —
santa simplicitas— o bien no hacer ninguno?
"Orad, vuestra oración será escuchada",
hace cincuenta años que oro y desoro; y nada.
"Pedid y habréis de recibir", y pido
hambriento ante tu mesa mendigo enterecido
y tu actitud ante lo que suplico
parece exactamente la de Epulón el rico,
ya que de tu festín por más que digas,
no he conseguido nunca (ni quiero) las migas;
Lázaro atroz mucho más que el antiguo,
pues no se ven las llagas con las que Te atestiguo,
Job alojado en el más profundo abismo,
pues mis males no caben ya más que en el mutismo,
y pobre Cristo que no goza a Cristo
porque sólo los puros de corazón lo han visto...
Que oye las largas oraciones
y todos los sermones, esos cuerdos sermones...
¡Oh, Dios! el cura es solamente un cura,
su cordura es verdad, pero no es Tu locura.
Tus santos no consuelan mi cansera,

son demasiado santos y son de otra manera,
tienen aureola y hacen de agua vino
y parecen moverse señores del Destino...
Sólo los miserables reprobados
detienen actualmente mis dos ojos cargados,
los santos no oficiales y malditos
que no incheron el mundo de milagros ni ritos,
como musió San Carlos Baudeler
y Kirkegard, al cual jorobó una mujer
("Tú acabarás haciéndote *jesueet*"
le decía su novia Regina Olsten Svet)
que nunca decidía si se casaba o no
y cuanto decidía después lo deploró.
Que se escondió en andróminas sutiles
que fue luterano..., según el padre Quiles.
Poetas de poema mal cortado
que lleva por censuras un grito estertorado,
santos informes cuya vida dura
es un enigma a todos y es una noche oscura,
que consagraron un amor eterno
a un Dios sólo entrevisto que no les era tierno,
dejando así al morir por explicar
¡cómo, con mil demonios, lo pudieron amar!

LEONARDO CASTELLANI.

Correo Histórico

∞ *A Universitario Mendocino.* — Pregunta usted en su carta si el coronel Manuel José Olascoaga fue uno de los “nacionales” o un mero prosélito de Roca, a quien acompañó como topógrafo en la expedición al desierto.

La figura y la obra de Olascoaga, como escritor y como militar, trasciende todo encuadre meramente roquista del personaje. Puede decirse que fue un verdadero “nacional”. ¿No le llama a usted la atención que no alcanzara el generalato en un país donde ostentaron ese grado figuras de probada mediocridad? No olvida que el coronel Olascoaga (1835-1911) fue cuñado del doctor Bernardo de Irigoyen —quien casó con Carmen Olascoaga—; simpatizante de Adolfo Alsina, y hombre de estirpe hernandiana con su libro *Juan Cuello*, anterior en siete años al de Eduardo Gutiérrez, y en donde revela un notable conocimiento tanto del gaucho como del indio del desierto. Fue un espíritu rectísimo y un verdadero sabio, aparte de fecundo artista. A fines de 1864, al saber que debía entregar la comandancia del Fuerte de San Rafael —que él ocupaba— al comandante Pablo Irrazábal, el matador del Chacho, abandonó dicho fuerte y pasó a Chile con sus oficiales y alguna tropa. En 1866, fue una de las figuras claves de la revolución federal de Mendoza (la de “los colorados”), y desde entonces vivió marginado de la vida activa del país, hasta 1873, en que Irigoyen y Alsina consiguieron reintegrarlo políticamente. En 1880, acompañó a Avelleda contra Tejedor y fue jefe político de Belgrano cuando el presidente se trasladó a dicha ciudad. A su amistad con el general Juan Saá se debió que este jefe federal viniese también a Belgrano, en apoyo del Presidente, arrojado por los rifleros mitristas. Se distinguió en 1879 como jefe de la oficina topográfica militar y en calidad de tal —conocía palmo a palmo la región andina— acompañó a Roca, del que fue experto guía.

∞ *Al Dr. L. Osvaldo Prat, Tandil.* — El interrogante que usted plantea en su carta sobre la posible filiación jordanista de Solané, el Tata Dios de las matanzas del 1º de enero de 1872 en esa ciudad, es de particular interés para el historiador. En las crónicas periodísticas de la época podemos hallar elementos para una respuesta.

En efecto, el diario *La República*, en su edición del 7 de enero de 1872, al narrar los sucesos del

Tandil, cuenta que Solané había estado antes en Entre Ríos y en Rosario; que sus gauchos portaban cintillo punzó en el sombrero y una bandera blanca y punzó; que el Tata Dios era boliviano o chileno y que montaba un caballo bayo. Esa crónica se completa con otra aparecida en la edición del 11 de enero del mismo año, en donde narra que Solané entró al pueblo gritando: “¡Viva la Confederación Argentina!”. Francisco F. Fernández, el secretario de López Jordán, que está por esos días exiliado en el Salto Oriental, escribió la pieza dramática *Solané*, en donde los protagonistas asumen la defensa de la revolución jordanista. También una relación de Solané con la revolución entrerriana aparece en páginas del Dr. Juan Ángel Martínez que próximamente daremos a conocer en nuestra revista.

∞ *A Francisco López Pereira, Capital.* — La candidatura presidencial del doctor Bernardo de Irigoyen a que usted se refiere es la de 1885, que no prosperó, como no había prosperado anteriormente, en 1880, porque Roca —a la sazón, Gran Elector— la frustró con sus conocidos juegos de influencia. No obstante el fracaso de la candidatura federal de Irigoyen, su viaje a través de las provincias, realizado durante los meses de julio, agosto y setiembre de 1885, demostró el calor y la adhesión popular de aquélla. Entre quienes lo apoyaron a don Bernardo en aquella oportunidad se contaron eminentes argentinos, entre los que consignamos al vicepresidente Francisco B. Madero; el ministro del Interior, Benjamín Paz; don Carlos Guido Spano, Federico de la Barra, David Peña, Adolfo P. Carranza, Melitón González del Solar, Nicolás A. Calvo, Manuel D. Pizarro, Luis Sáenz Peña, Juan José Naón, Rafael Igarzábal y Bernardo Silveyra. En su comitiva viajaron el coronel Manuel José Olascoaga, Jorge Brown Arnold —secretario del doctor Irigoyen—, Alfredo Arnold y el doctor Juan Francisco Seguí. En Rosario, lo recibieron Gabriel Carrasco, Severo González, Andrés González del Solar y los dirigentes del Centro Federal, coronel Prudencio Arnold y Antonio Sánchez. En Santa Fe, el doctor Manuel Gálvez. En Salta, los Güemes y el coronel Aniceto Latorre. Como usted ve, en su mayor parte los simpatizantes provenían del campo federal.

Leído y comentado

SEÑOR FERNS, ¿CÓMO ES QUE NO LEYÓ A MITRE?

SEÑOR H. S. Ferns, ¿cómo es eso que no ha leído usted al señor general Mitre? ¿Ni tampoco a Vicente Fidel López, a Juan Carlos Lamas, a Gutiérrez? Entonces usted no sabe una jota, mejor dicho una *B* de *battledore*, de historia argentina...

Vea si no lo que le ha escrito el filósofo cordobés Armando Tagle en el comentario a su libro *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, que nos brindó el domingo 10 de marzo uno de los más famosos diarios porteños.

Me sorprende a mí también su manifiesta indiferencia, ¡qué digo! ignorancia, con respecto a los cánones que rigen nuestra historiografía a partir del General, y su demasiado irrespetuosa altanería para con el Corán de nuestro liberalismo: actitudes las dos que no han sido notadas suficientemente por el filósofo Tagle, quizá llevado por un sentido de respeto y discreción que yo he perdido ante su menosprecio por el deuteronomio mitrista.

Coincido en un todo con nuestro filósofo cordobés y colaborador de *La Prensa*. Y debo agregar mucho más todavía. ¿No leyó usted a Rivera Indarte? ¿Qué tiene usted contra José Mármol y contra *Amalia*? ¿No son, acaso, fuentes tan importantes y veraces como las cartas de Woodbine Parish o de Southern? ¿Usted cree, mister Ferns, que *Las Tablas de Sangre* son poco serias y que no merecen ser tenidas en cuenta por el historiador? Y del Sarmiento cronista, ¿qué me cuenta? ¿No lo ha leído usted en esas impagables páginas de *Facundo*, con su espléndida documental sobre la pampa, tan parecida a la descripción hecha por algunos viajeros europeos.

Usted, seguramente, esperaba que nos quedaríamos muy calladitos ante su insolencia de utilizar solamente documentos de fuente británica, y tal vez que hasta la admiraríamos como en los mejores tiempos de Julito Roca. Eso se acabó, mister. La Enciclopedia Británica, que tanto utilizara Borges en su tiempo como fuente de inspiración, ha perdido vigencia aún entre los victorianos que quedan. Ya ni los ganaderos se conmueven ante el Lawrence o la autobiografía de Victoria Ocampo, y menos en estos días en que saben donde les duele el bolsillo con el asunto de la aftosa, una fiebre que por aquí no tuvimos nunca, ya que sólo conocimos el *cólera morbus* y la

amarilla, contagiada por esos indochinos de 1865, los paraguayos.

Yo no digo que Palmerston, el conde de Aberdeen y el Foreign Office no tengan importancia; pero ¡no es para tanto! Usted parece olvidar que “nuestros gigantes padres”, como dice el inspirado Gutiérrez, no se movían en la función de pequeños intereses; como dice Tagle, nos daban la clave de nuestra historia legándonos “el profundo sentido moral que revisten las acciones de sus próceres”. Así, cuando se sacrificaron en ese asuntito que usted menciona del empréstito de la Baring; o cuando formaron la Minning River Plate, que presidía nuestro nunca bien ponderado don Bernardino, el ex protegido de Liniers. ¡Todo fue por la moral y las buenas costumbres!

Usted, que tanto sabe de Ponsomby y de Mandeville, no conoce una *B* de *battledore* de unitarios, federales y mazorqueros. Usted, dejándose llevar por los archivos del *Office* ese, lo pinta a don Bernardino un tanto fiero y poco menos que mulatillo, cuando, en realidad, era un monstruo muy hermoso y un genio incomprendido, con poca suerte: una especie de Von Braun de los canales, que no pudo llegar lejos por culpa de esos caudillos meteretes —los vietnamitas de 1820— que nunca dejaron de amolar del otro lado del Arroyo del Medio.

Releyendo sus páginas sobre Rosas y Rivadavia; sobre los obsequios que trajo aquel jefecito que mandaron los ingleses después de Caseros, y sobre la alianza británica con nuestros *land lords*, se me ha metido en la cabeza algo que a Tagle se le pasó por alto, y es esto: que usted cree que la historia se debe hacer con documentos, hurgando los archivos, en vez de ir lisa y directamente al grano de la *Historia de Belgrano*.

En fin, querido mister: esperamos que la segunda edición de su libro sea mejorada de acuerdo con las indicaciones que le marcó Tagle. Y no se deje llevar por ese unitario renegado de Juan Pujol, que escribió cosas muy parecidas a las suyas sobre Rivadavia y sus ideas; ni por el totalitario de San Martín, que antes de sacar su espada para auyentar a los godos la extrajo para sablear a los triunviro rivadavianos, en aquel “operativo Granaderos” que vino a hacer cundir un mal ejemplo en nuestra historia.

Un aborígen.